

La guerra contra la Triple Alianza y su efecto retardario para la psicología paraguaya

José E. García.

Universidad Católica. Asunción, Paraguay.

[joseemiliogarcia@hotmail.com]

Resumen

La Guerra contra la Triple Alianza (1864-1870), conflicto que enfrentó al Paraguay contra Argentina, Brasil y Uruguay, aniquiló su estructura productiva y financiera, además de una parte de su población económicamente activa. El artículo analiza el modo cómo estos sucesos influyeron en el surgimiento de disciplinas científicas como la psicología. Se describen todos los eventos relevantes para enmarcar la situación del país en el contexto político, militar, económico y cultural antes, durante y después de la guerra. Se finaliza con algunas apreciaciones sobre el curso que podría haber tomado el desarrollo de la psicología en el Paraguay de haber sido otras las circunstancias imperantes.

Palabras Clave: Paraguay, historia de la psicología, psicología latinoamericana, contextos históricos.

The war of the Triple Alliance and its backward effect on Paraguayan psychology

Abstract

The war against the Triple Alliance (1864-1870), a warlike that confronted Paraguay against Argentina, Brazil and Uruguay, destroyed both its productive and financial structure and also its economic population. The article points out the way in which these events influenced some scientific fields, especially psychology. It describes all outstanding events for a correct understanding of the country's situation before, during and after the war. In the final section some appraisements are made on the course that psychology would have take in Paraguay, if conditions would have been different.

Key Words: Paraguay, history of Psychology, Psychology in Latin America, historical contexts.

La psicología como problema de fondo

La autonomización conceptual de la psicología fue resultado de un proceso largo y complejo. Al igual que sucede en otros campos del conocimiento -principalmente aquéllos agrupados entre las llamadas *ciencias sociales*, *ciencias humanas* o *ciencias del comportamiento*- las raíces primarias se encuentran en el marco de la reflexión filosófica, en especial los grandes sistemas de ideas que durante los siglos VI, V y IV antes de Cristo emergieron de la cultura griega como genuinos portentos del pensamiento. Muchos fueron los exponentes destacados en toda la secuencia de autores que se inicia a partir de esos sistemas, aunque para las disciplinas humanas en particular los nombres de Platón (427-347 a.C.) y Aristóteles (384-322 a.C.) han sido siempre las referencias más notables. El motivo no es trivial. Ambos crearon enfoques de amplia influencia y determinación histórica que sirvieron para encauzar la investigación a lo largo de las centurias posteriores, instalando *brechas*¹ o *matrices*² en el análisis de la mente y los procesos cognitivos humanos en general y para el estudio de la causalidad del comportamiento. La historia de la psicología se ocupa en buena medida de estos ciclos de evolución conceptual, que constituyen la esencia en su camino de afirmación como ciencia.

En sus primeros escauceos, la psicología se insertó como subsidiaria intelectual de la filosofía donde halló espacio como su área de interés primario para las consideraciones varias sobre la mente. Pero la psicología también recibió influencias cruciales desde campos vecinos como la fisiología, la medicina, la biología y la educación. A comienzos del siglo XIX comienzan a notarse claros signos de emancipación. Muchas corrientes de pensamiento e investigación, como la *psicofísica* practicada por un destacado grupo de fisiólogos alemanes en la primera mitad del siglo XIX y del que Gustav Theodor Fechner (1801-1887) fue el más sobresaliente de sus representantes³ se especializaron en el estudio de las relaciones entre las propiedades de los estímulos físicos y las reacciones psicológicas correspondientes⁴ a la vez que introdujeron un tratamiento matemático para aspectos como la *cualidad* y la *cantidad* sensorial. Asimismo las experiencias que realizaron los grandes fisiólogos rusos como Iván Sechenov (1829-1905) e Iván Pavlov (1849-1936) sobre las contrapartes psíquicas de los reflejos jugaron un papel muy preponderante por la misma época.

En su etapa moderna la psicología transitó partiendo de las normativas del enfoque experimental que fue el estandarte inicial de cara a los ideales de cientifización que inspiraron a la naciente disciplina hasta una amplísima variedad de iniciativas metodológicas que hoy enriquecen a las ciencias del comportamiento, muchas de las cuales son abiertamente antitéticas del experimento. El escenario central para la conformación teórica, fue la Europa de mediados del siglo XIX, donde un conglomerado de aproximaciones filosóficas, ampliamente divergentes en algunos casos, fueron traducidos por los primeros psicólogos en modelos y metodologías aptos para la indagación de la conciencia. Es por ello que los esquemas y estrategias de investigación se deducen claramente de los supuestos y principios esenciales que ofrecían aquéllos parámetros conceptuales. Quizá la orientación que mayor influencia tuvo en los orígenes fue el positivismo, aunque en modo alguno pueda verse como el referente único. El afianzamiento del saber psicológico en la América de habla española y portuguesa, tanto en su faceta más puramente intelectual o teórica como también en los esfuerzos que desembocaron en la autonomización profesional, tuvieron lugar en esos mismos años. Es afortunado que la

evolución de la psicología haya sido analizada -aunque, es cierto, con diversos grados de profundidad- por autores radicados en la mayor parte de los países de la región. Gracias a esta producción regular de insumos descriptivos y analíticos se dispone de una importante variedad de bibliografía que puede ser consultada con provecho, la que también incluye una incipiente producción historiográfica paraguaya.⁵

Para identificar las raíces intelectuales sobre las que maduró la psicología paraguaya es necesario apelar a una variedad de fuentes históricas y documentales que sirven como soporte empírico para el trazado de su recorrido y al mismo tiempo abren posibilidades para establecer las diferentes fases de su avance. Pero un estudio sobre la evolución de las ideas quedaría muy incompleto si, de manera simultánea, no se prestase una atención detenida a las condiciones políticas y sociales que determinan la existencia de cualquier colectividad, en especial aquéllos procesos que por la importancia que adquieren sus efectos guardan la fuerza para empujar en cierta dirección el ambiente social que es indispensable para cualquier producción intelectual o desencadenan situaciones de mayor gravedad capaces de comprometer hasta la viabilidad de una nación. Es innegable que los desafíos que afectan la vida de los pueblos no son siempre los mismos. Algunas sociedades se ven forzadas a enfrentar condiciones muy adversas como los cambios climáticos súbitos o movimientos telúricos, la degradación en la calidad de vida por causas que pueden resultar muy diversas o los vaivenes que ocurren en tiempos inestables para la economía y que eventualmente dejan secuelas en la vida de la gente. Entre los eventos más graves que pueden surgir se encuentra la amenaza a las posibilidades de independencia que padece un estado soberano cuando se ve sometido a los designios de otros más poderosos. Cada una de estas circunstancias críticas, cuando asoman en el horizonte de un país, acaban marcando su historia de maneras a veces irreversibles.

Entre los invitados indeseables también se encuentran, por supuesto, las guerras, con toda su carga de postergación y destrucción. En su etapa histórica como estado soberano el Paraguay tuvo que afrontar dos de los conflictos internacionales de mayor envergadura que hayan tenido como escenario el suelo americano en tiempo reciente. A la Guerra del Pacífico que involucró a Chile contra Perú y Bolivia en un cruce bélico desarrollado entre 1879 y 1883⁶ y la Guerra de Secesión de los estados del norte y el sur que representó lo más crítico en el proceso de conformación nacional de los Estados Unidos entre 1861 y 1865 deben sumarse la Guerra contra la Triple Alianza (1864-1870) que colocó al Paraguay en el centro de un conflicto armado de grandes proporciones con sus vecinos Argentina y Brasil y el no limítrofe Uruguay y la Guerra del Chaco, que seis décadas más tarde (1932-1935) empujó de nuevo a la pequeña nación paraguaya a una defensa de su territorio contra las ambiciones anexionistas bolivianas.⁷ En los avatares de la vida política del continente, estos episodios constituyen los ejemplos más destacados de situaciones que desembocaron en recios intercambios bélicos.

De aquéllas dos guerras, solo la segunda fue ganada por el Paraguay. Muy lejos de eso, la de la Triple Alianza condujo a una desastrosa derrota que encuentra muy pocos paralelos en el tiempo moderno, en especial por el extendido sacrificio humano que representó para su población. Es por eso que una visión comprensiva de lo que ha sido la historia de este país en los últimos doscientos años no puede lograrse sin al menos una mención parcial a estos sucesos. Sobre los aspectos políticos, militares, económicos, culturales, diplomáticos e internacionales que

conciernen a esta guerra mucho se ha escrito y la polémica aún permanece abierta en varios de ellos. Los protagonistas principales en su trama y despliegue recibieron recuentos casi antagónicos, tanto complacientes como críticos, siempre dependiendo de la óptica del historiador y sus inclinaciones políticas. Pero poco se ha estudiado aún sobre los resultados que pudo haber tenido este conflicto en el desarrollo -o con mayor seguridad aún, en cuanto factor de bloqueo- de la ciencia nacional. En este artículo se avanza con un planteo preliminar sobre los efectos retardatarios de la Guerra contra la Triple Alianza sobre el surgimiento y avance de una disciplina particular: la psicología. Por el interés teórico que se halla en la base de este estudio, la perspectiva se mantendrá sin salir mucho de los contornos estrictos de esta ciencia, aunque dentro de ciertos límites sea razonable suponer que las conclusiones alcanzadas pueden ser generalizadas a los demás campos de investigación. Lo afirmado, sin embargo, no significa que se asume de manera simplista este supuesto *a priori*.

En las páginas siguientes, el lector podrá encontrar una descripción sintética sobre el estado general del Paraguay durante los gobiernos de Don Carlos Antonio López (de 1842 a 1862) y su hijo el Mariscal Francisco Solano López (1862 a 1870), así como una evaluación crítica de la guerra y una presentación sucinta del proceso de recomposición cultural que tuvo lugar en las décadas siguientes, llamadas a menudo de la *posguerra*, y que se extienden entre 1870 y 1900. Al discurrir sobre ambos López se invertirá la usual cronología histórica por la conveniencia que esto supone para la discusión de los argumentos principales. En este sentido la narrativa habrá de centrarse primero en el hijo que gobernó después y más adelante en el padre que dirigió el estado en las décadas previas. En la sección conclusiva se esbozan algunas consideraciones sobre las consecuencias negativas de la guerra sobre el surgimiento temprano de la investigación psicológica y la producción intelectual en el contexto nacional.

El Paraguay de los López

a. López, el hijo

En los primeros siglos del período colonial paraguayo, las reflexiones sobre lo *mental* y lo *espiritual* se hallaban consustanciadas con las ideas imperantes en el entorno institucional y educativo de la iglesia y se materializaban en los antiguos estudios teológicos practicados en los seminarios que dirigían las distintas órdenes misioneras.⁸ Es desafortunado que la base documental para el análisis de ese período en especial resulte bastante escaso. Esta limitación muchas veces coloca al historiador frente a la necesidad de incurrir en deducciones obligadas a falta de una información más directa, con todo el riesgo que ello supone para la objetividad de su labor. La psicología resultante de aquellas elaboraciones primigenias, diluidas como estaban entre los temas que comprendía la agenda de la teología cristiana y la tardía escolástica colonial americana, se inicia en el siglo XVI y acaba prolongándose hasta bien entrada la décimo novena centuria cuando menos.

En estos años reposados y a veces sombríos en los que el cambio y los avances culturales no eran rápidos ni frecuentes, la publicación de libros y revistas de cualquier tipo, capaces de reflejar con claridad las tendencias en el pensamiento y la enseñanza con información de primera mano, nunca fueron abundantes. Los motivos son diversos, desde el tradicional

aislamiento geográfico que afecta a la geografía nacional a consecuencia de su mediterraneidad hasta la baja tasa en el ingreso de visitantes extranjeros. Esto último fue, al mismo tiempo, uno de los condicionantes para que el Paraguay se mantuviera relativamente arrinconado respecto al influjo de las principales filosofías renovadoras en el pensamiento universal, que por mucho tiempo cruzaron de largo las fronteras nacionales sin ejercer ningún impacto perceptible.

El contacto con las culturas foráneas, que en el mundo pretecnológico del siglo XIX se lograba a través del encuentro con los visitantes ocasionales, los emigrantes y la lectura de libros, es también un factor crucial. Pero al igual que durante la colonia, la corriente inmigratoria continuó siendo muy reducida durante los primeros años de vida independiente. Un dato que puede servir de parámetro lo brinda Seiferheld⁹ cuando menciona que en 1850 existían 150 extranjeros registrados en el Distrito «La Catedral» de Asunción, de los cuales 45 eran italianos, 35 españoles, 19 franceses, 11 portugueses, 6 alemanes, 2 ingleses, 1 suizo, 24 brasileños, 21 argentinos, 2 uruguayos y 1 chileno. Estas cifras experimentaron pequeños incrementos años más tarde, cuando la contratación de técnicos extranjeros se convirtió en uno de los ejes centrales para la política modernizadora de don Carlos Antonio López (1792-1862). Entre estos, la mayoría fueron ciudadanos británicos que llegaron al país a mediados del siglo XIX.

Pero más allá o más acá de los menoscabos causados por la inercia del aislamiento, lo cierto es que la reflexión intelectual no pudo encontrar los cauces materiales sobre los cuales florecer y asentarse con firmeza. Con respecto a toda la primera mitad del siglo XIX, que coincide con el período independiente de la vida nacional iniciado con la revolución de mayo de 1811, puede arrimarse similar juicio. Solo a partir de 1870 algunos grupos de españoles, italianos y alemanes¹⁰ contribuyeron a una diversificación sustancial que afectó los estilos de vida de la población y sus costumbres. La relativa homogeneidad cultural paraguaya con acierto, se considera uno de los determinantes más importantes para el compacto sentimiento de nacionalidad que ha surgido en momentos críticos de la historia nacional y que llevó a expresiones sobrecogedoras de abnegación y sufrimiento, en especial cuando la patria se vio sumida en los rudos compases con los que la guerra siempre anuncia su marcha.

En la historia paraguaya el período que se extiende desde la independencia de la corona española en 1811 hasta la culminación de la Guerra Grande a comienzos de 1870 es particularmente importante, aunque no se encuentre del todo ajeno a numerosos aspectos controversiales. Esto se explica porque la historiografía paraguaya ha sido -con demasiada frecuencia- más la tarima para el debate ideológico que el ambiente sereno que exige y permite la exploración rigurosa. Los detalles concernientes al gobierno de don Carlos Antonio López que tuvo lugar entre 1844 y 1862 y sobre todo el posterior de su hijo el General Francisco Solano López (1827-1870) de 1862 a 1870 -el mismo que después fue ascendido a Mariscal y estuvo al frente de la campaña militar paraguaya durante la guerra- son motivo hasta ahora de sensibles desencuentros que por lo común tienen su origen en las preferencias y compromisos intelectuales que cada historiador asume. Esta circunstancia condujo a polarizaciones interpretativas muy agudas entre *lopiztas* y *antilopiztas*¹¹ similares a las fracturadas actitudes que aún dividen a *francistas* y *antifrancistas*¹² con respecto a la figura del Doctor José Gaspar Rodríguez de Francia (1766-1840). La abundancia de juicios contrapuestos no siempre hace fácil obtener una panorámica objetiva sobre la vida social y política que corresponden a ese tiempo y torna muy difuso el saber con certeza donde se refugia la verdad.

En efecto, y por muy bien intencionados que fuesen los propósitos de los historiadores, no siempre les ha resultado posible escapar indemnes de los ardores polémicos que envuelven a su investigación. La figura del Mariscal López en particular tuvo el poder tanto de cautivar fuertes simpatías como de suscitar enconados rechazos al punto que no es sencillo hallar otros personajes históricos que levantaran controversias tan ásperas.¹³ Algunos cronistas de probada seriedad y no necesariamente afines al *lopizmo* como Justo Pastor Benítez (1895-1963) aludieron al trato *culto* y *cordial* del joven general recién llegado de su misión como plenipotenciario en Europa.¹⁴ Estudiante concienzudo en su niñez y vida adulta de acuerdo a la descripción de Williams,¹⁵ López demostró facilidad con las lenguas extranjeras, aunque sin alcanzar nunca una fluidez perfecta. El historiador argentino García Mellid¹⁶ lo conceptuó el paraguayo más preparado y brillante de su generación y le hizo merecedor de la altiva lucidez del genio. Manuel Domínguez (1869-1935), el escritor nacional que con la belleza en el estilo y la seguridad firme de su fuerza expresiva escudriñó las particularidades intrínsecas del ser paraguayo, le confirió el calificativo de *...personificación milagrera de la energía de nuestra raza*.¹⁷

Pero esta no fue siempre la opinión compartida. En los años inmediatamente posteriores a la guerra y en las primeras décadas del siglo XX se fue arraigando una opinión muy adversa hacia López e incluso un abierto rechazo a su persona. Este punto de vista era comprensible habida cuenta que fue él quien condujo la guerra hasta las escaramuzas de sables que se dieron en su tramo final y se resistió con vehemencia a ponerle fin incluso cuando hubo buenas oportunidades para ello. En la perspectiva de alguien situado temporalmente en la *posguerra*, no era sorprendente que se inculpara al segundo López como el principal responsable de la destrucción que padeció el país. Por lo común, se considera que aquella orientación de censura cambió drásticamente a mediados de la década de 1930, cuando por un decreto del 14 de septiembre de 1936 emitido por el gobierno del Coronel Rafael Franco (1896-1973) fueron declarados *próceres beneméritos de la nación* el Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, don Carlos Antonio López y el Mariscal Francisco Solano López.¹⁸ Ellos ocupan desde entonces un lecho mortuario al interior del Panteón Nacional de los Héroes, el mausoleo nacional ubicado en el centro de Asunción.

El cambio de pensamiento, sin embargo, tuvo sus antecedentes intelectuales tres décadas antes, en tiempos que el discutido soldado de Cerro Corá comenzó a ser catapultado al sitial de *héroe máximo* de la nacionalidad por algunos escritores paraguayos afines a la ideología nacionalista y fascista que halló sus favores en muchos ensayistas de la primera mitad del siglo XX y que en el Paraguay encontró su representación política más transparente en el Partido Colorado que gobernó el país entre el 13 de enero de 1947¹⁹ y el 15 de agosto del 2008. Los perfiles filosóficos que distinguen al nacionalismo como el sentimiento de lealtad profesado a la patria, propensa a estimar exclusivamente los intereses de la propia nación en desmedro de las demás, la actitud que confiere la más alta importancia a los asuntos de un país, el interés por preservar la cultura nacional contra cualquier amenaza externa, así como el punto de vista político y antropológico que considera a la humanidad como *naturalmente dividida* en naciones²⁰ se hallan presentes en los escritos y el discurso de numerosos autores que trabajaron durante aquél período.

Este revisionismo en la historia paraguaya encuentra sus antecedentes intelectuales en los ensayos que el escritor liberal Cecilio Báez (1862-1941) y el colorado Blas Garay (1873-1899)²¹ dieron a conocer entre 1888 y 1896. Ellos recuperaron aspectos olvidados en la gestión política del Doctor Francia, aunque mantuvieron diferencias de criterio respecto a la valoración que correspondía al Mariscal López.²² Años más tarde, e imbuido de la filosofía positivista, Báez terminaría apartándose de estas ideas. Entre los reivindicadores, sin embargo, el poeta e historiador Juan E. O'Leary (1879-1965) fue, sin necesidad de mucha discusión, el que demostró mayor congruencia y persistencia. Se encontraba influido por el pensamiento político originado en la derecha francesa, cuya característica principal fue el culto a los grandes héroes militares del pasado. O'Leary introdujo una revisión en el contexto de la historia paraguaya cuya meta inocultada era posicionar a López en el sitio más elevado posible en la galería del heroísmo nativo y americano.

Rodríguez Alcalá,²³ que por el contrario se ubica en las antípodas intelectuales de O'Leary, calificó su historiografía como un empeño deliberado por *endiosar* la figura del mariscal. Pero ya antes de concluir la década de 1920, Rebaudi²⁴ polemizó acérrimamente con el célebre reivindicador sobre aspectos fundamentales en la trayectoria pública de López, en especial su aceptada muerte como un héroe en las orillas del *Aquidabanigui*, con la espada desenvainada en prueba de su indomable valor y de una aguerrida voluntad de combate. La sustituyó por una visión bastante menos heroica conforme a la cual López fue alcanzado por las balas de sus enemigos mientras emprendía la huida. No se requiere demasiado esfuerzo para imaginar las polarizaciones extremas a que estas discusiones dieron cabida en su momento.

Para el sector ideológico alineado con la prédica de O'Leary y sus acólitos, López constituía la esencia del mártir supremo que alcanza todos los extremos del sacrificio guiado por la fidelidad y el servicio a la patria. El esfuerzo de O'Leary en reevaluar el pasado nacional fue comparado por escritores de tendencias afines como González Alsina²⁵ con la apertura de una amplia brecha cuya utilidad final debía ser una enmienda de todas las deformaciones precedentes a que había sido sometida la historia. De aquella enfática justificación y los desencuentros a que dio cabida un siglo ha transcurrido. Pero el interés en las ideas de O'Leary está lejos de haber decrecido. Como claro indicio puede señalarse la reciente redición²⁶ de los escritos que a comienzos del siglo XX difundió en periódicos asuncenos como *La Patria*, *La Democracia* y *La Tarde*. En ellos hizo comentarios de las principales batallas que se sucedieron durante la Guerra del '70. Una compilación conjunta de los artículos que integran la polémica surgida en la misma época con Cecilio Báez, quien además fuera uno de sus mentores originales, también vio la luz en fecha próxima.²⁷

En no pocos casos, la enérgica personalidad del mariscal cosechó abundantes detractores. Contemporáneos que tuvieron ocasión de frecuentar su trato figuran entre ellos, como el ingeniero británico George Thompson (1803-1876), quien fue uno de los doscientos técnicos de la isla contratados por el gobierno de don Carlos Antonio López para emprender obras de infraestructura en diversos rubros y ayudar en la modernización del país.²⁸ Más tarde prestó un fundamental servicio en la construcción de las trincheras que formaron parte de la estructura defensiva militar durante la guerra. Las oscuras sinuosidades en el carácter de López que estos autores se han esmerado en recoger esconden ribetes poco admirables. Mencionan por ejemplo las inclinaciones licenciosas que desde joven demostró el mariscal, su gusto por la vida disipada

y el lujo, el apego a las exquisiteces que proveen los buenos vinos y los excesos cometidos a veces bajo el influjo de estos -que según Rebaudi²⁹ le envolvían en fuertes y frecuentes borracheras-, el poco entusiasmo hacia la costumbre de madrugar, la crueldad demostrada contra muchos de sus enemigos e incluso hacia antiguos aliados, su carácter sanguinario y su escaso valor personal al no haberse nunca arriesgado verdaderamente en los escenarios impredecibles de la guerra en formas que pusieran en real peligro su integridad física,³⁰ eligiendo siempre el envío de sus subordinados a las acciones que tenían lugar en el frente en lugar de exponerse el mismo.

El viajero inglés Robert Cunninghame Graham (1852-1936), que estuvo en el Paraguay a solo dieciocho meses de concluido el conflicto, resalta la vanidad y la sensualidad, al igual que la crueldad y obstinación, como los rasgos sobresalientes en el carácter del autócrata paraguayo.³¹ Su inclinación hacia las costumbres cortesanas y el boato³² así como el encanto por la vida superficial, rasgos que compartió de manera pública con su amante irlandesa Elisa Lynch (1835-1886), fueron bien conocidas por sus contemporáneos. Quizá como reflejo del mismo carisma encendido que era característico de quien eligió como su pareja sentimental, esta mujer que a menudo es descrita como muy hermosa y de porte distinguido a la vez que cruel y calculadora ha dado lugar por décadas a una densa y profusa literatura, tanto a favor como en contra, de la que en tiempo reciente surgieron algunas reconstrucciones biográficas³³ empeñadas en lograr una mayor ecuanimidad y equilibrio en la valoración global de su personaje.

El también súbdito inglés Jorge Masterman, aunque reconoce algunas cualidades positivas como una cierta simpatía en el trato social en cuanto prendas del carácter de López, también recuerda los accesos de ira que en ocasiones le afectaban, transmitiéndole una ... *expresión verdaderamente feroz*.³⁴ La misión diplomática a Europa, que su padre le confió siendo muy joven y durante la cual debió negociar numerosos asuntos de interés para el estado paraguayo, resultó escenario propicio para algunas incursiones muy livianas y alegres en el poco espeso ambiente que envolvía los cabaretes parisienses. Sus andanzas le motivaron incluso algún desafío a duelo por un caballero europeo que se sintió aludido en su honor por los despropósitos causados en las conquistas femeninas que tanto agradaban al díscolo emisario sudamericano.³⁵ El anecdotario de rumores sobre el mariscal lo completan algunas aseveraciones de sus adversarios más enconados, que aunque desde luego se deslizan dentro de lo posible, son muy difíciles de comprobar de manera objetiva. Una es la de Rebaudi³⁶ cuando asegura que López, de niño, acostumbraba capturar pajaritos y se entretenía reventando sus ojos con la ayuda de un alfiler punzante.

Pero en particular impresiona la actitud ingrata y poco compasiva que mantuvo hacia su madre y hermanas, a quienes sometió a las penas indecibles de la flagelación y la tortura acusándolas de conspiradoras y a las que solo salvó de la segura condena a muerte que les aguardaba el que él mismo pereciera antes de su cumplimiento.³⁷ Rebaudi³⁸ asegura que una de las hermanas, desesperada por los violentos maltratos recibidos a manos de los verdugos del mariscal, intentó hallar en el suicidio una escapatoria a su tormento. Ceuppens³⁹ recuerda la presunta bastardía de Francisco Solano, que según algunas versiones históricas no era hijo carnal del primero de los López, como la más probable explicación para esta hostilidad desmesurada hacia su familia. Es difícil precisar cuando pudo haberse originado esta especie, aunque es probable que el diplomático norteamericano Charles Ames Washburn (1822-1889), en su clásica *Historia del*

Paraguay,⁴⁰ haya sido el primero en hacerse cargo de ella en forma explícita.

El punto, como muchos otros, evita el consenso. Académicos muy serios como el historiador británico Box⁴¹ por ejemplo, manifiestan sus dudas ya que no consideran lógico que el padre demostrara una predilección tan evidente hacia el futuro mariscal al punto de prepararlo a plena conciencia para que a su muerte fungiera como sucesor suyo, de haber sido aquéllas las condiciones reales. Pero pese a esta razonable objeción que constituye un buen argumento para la polémica, autores como Bray⁴² y Cova⁴³ -que en ningún sentido podrían considerarse *antilopiztas*- remarcan sugestivamente el extraordinario parecido físico que en sus días muchas personas notaban entre aquél líder en gestación y el estanciero Lázaro Rojas, su padrino y presunto verdadero progenitor.

Desde niño Francisco Solano fue educado bajo la consigna del mando y por ello forjó un carácter independiente y orgulloso. En el Paraguay de 1862 pocos podían dudar respecto al claro liderazgo que detentaba para continuar la obra centralizada que había iniciado su padre. En parte por este motivo y con el intangible refuerzo que aportaban sus propias condiciones personales, el talante autoritario que le era intrínseco pudo reconocerse muy pronto cuando asumió las funciones de gobernante. Al morir su predecesor fue convocado el congreso para que sesionara el 10 de octubre de 1862. El motivo era tratar la sucesión del poder que, como no puede extrañar, lo tuvo a él como único candidato. Las condiciones, sin embargo, no eran las ideales para un debate amplio y abierto. Cuando iba a iniciarse la elección, el recinto del Cabildo fue rodeado de un gran número de las tropas que se hallaban bajo el comando directo de López, de manera que las deliberaciones tuvieron que realizarse en un ambiente con evidentes signos de coacción que limitaba sensiblemente cualquier libertad de obrar y aún de discutir,⁴⁴ no digamos ya de disentir con seguridad y confianza.

La mayoría de los reunidos aceptó el nombramiento de Francisco Solano como presidente a excepción de un diputado que manifestó reservas, amparado en un precepto de la constitución de 1844 de acuerdo al cual el gobierno paraguayo nunca debía ser patrimonio de una sola persona o familia. El disidente era José María Varela. Nadie apoyó su posición y el audaz diputado quedó completamente solo en la incómoda paternidad de su argumento. Cova⁴⁵ refiere que era un sector del congreso liderado por Varela el que se había opuesto a López. Para su desgracia el congresista fue apresado al día siguiente y falleció en la cárcel poco después.⁴⁶ Siguió pronto otros arrestos selectivos que incluyeron a Benigno López, hermano de Francisco Solano y a quien se percibía como un fuerte opositor a este, por sus ideas de inspiración más liberal. También Pedro Lezcano, quien a la sazón era Presidente de la Corte y el padre Fidel Maíz (1828-1920).⁴⁷

Según relata este último en su escrito autobiográfico,⁴⁸ compartía en aquél tiempo la aspiración por una constitución más democrática y que concentrara menos poder en manos del gobernante. Hubo otros ciudadanos acosados por su independencia de criterio. Siguiendo a Ubaldo de Dovitiis, que realizó anotaciones complementarias al libro de Masterman⁴⁹ debe incluirse también al padre Corbalán, fusilado en 1868, entre las posibles víctimas que arrojó aquélla turbulenta sesión. Es bastante claro que más de un ciudadano reconocía la necesidad de una mayor apertura política, aunque la voluntad de asumirlo en público era, por los riesgos evidentes que implicaba, mucho menos fuerte.

Varios descontentos con el perfil autocrático que dibujaba el nuevo régimen y que se fue consolidando con rapidez comenzaron a sentir temor y prefirieron buscar el exilio en la Argentina, donde pronto organizaron una tenaz oposición. A este grupo se les denominó *legionarios*, una palabra que desde el inicio adoptó una connotación despectiva. Entre la prisión de unos y el destierro de otros, López halló el camino despejado sin el estorbo de enemigos internos y con un pueblo sumiso dispuesto a obedecerle y seguirle. En ese momento eran los sectores más acomodados de la sociedad los que mostraban la resistencia más fuerte hacia su persona⁵⁰ y en algunos casos parece que la hostilidad era muy abierta. Con todo, el futuro mariscal no se mostró dispuesto a otorgar concesiones y la mano dura con que gobernó es inocultable. De ese tiempo data un documento citado por Ceuppens⁵¹ donde el ministro inglés Sir Edward Thornton (1817-1906), cuya sede diplomática permanente estaba en Buenos Aires, aconsejaba a los súbditos británicos el abandono del Paraguay por tratarse de una dictadura inestable e impredecible. En esos días también circularon por la región algunos rumores sobre las intenciones que albergaba Francisco Solano de coronarse emperador.⁵² Esta versión era comentada con insistencia en círculos diplomáticos del Río de la Plata hacia octubre de 1863 y se mencionaba incluso que López había solicitado a los gobiernos del Brasil, Francia e Inglaterra una opinión respecto a la posible instauración de una monarquía en el Paraguay.

Era creencia normal que Don Pedro II (1825-1891) y Napoleón III (1808-1873) habían accedido ya a reconocerlo en el disfrute de esta nueva condición.⁵³ El capitán inglés Richard Burton (1821-1890), uno de los más famosos traductores que tuvieron *Las mil y una noches* y a quien el escritor Augusto Roa Bastos (1917-2005) igualó con los grandes exploradores clásicos como Marco Polo⁵⁴ escribió unas densas y célebres *Cartas desde los campos de batalla del Paraguay*.⁵⁵ En ellas aporta el interesante dato que en 1854 un *obsequioso diputado* había propuesto ya a don Carlos Antonio López convertirse en emperador y volver hereditaria la corona. El gobernante no consideró la sugestión. Aún así, parece claro que la idea de una monarquía paraguaya flotaba en el ambiente mucho antes de la asunción como presidente de Solano López.

El perfil a menudo violento del mariscal también lo recuerdan con frecuencia sus críticos. Hay abundantes detalles proveídos por diversos escritores que ilustran sobre las ejecuciones ordenadas contra la población civil paraguaya durante el gobierno del segundo de los López. Incluso un historiador de reconocibles simpatías como Alcalde Cruchoaga⁵⁶ no rehuye admitir las violaciones a los derechos humanos que se registraron durante su hegemonía. Estremecedores ejemplos son los crímenes cometidos en San Fernando en 1868 y Concepción en 1869 y que se encuentran bien documentados.⁵⁷ La conspiración de San Fernando involucró a familiares del presidente como sus hermanas, hermanos y cuñados, a miembros destacados de su gobierno, diplomáticos extranjeros e incluso al Obispo diocesano de Asunción en un complot con las fuerzas enemigas cuyo fin era apresar o eliminar físicamente al mariscal y de esta forma poner término a la guerra. Todos fueron enjuiciados y la mayoría de ellos pasados por las armas.

Las *tablas de sangre* de López, un listado completo de las ejecuciones y fusilamientos ordenados entre el 17 de junio al 14 de diciembre de 1868 fueron reproducidas en detalle por Rebaudi,⁵⁸ en lo que constituye la relación de una más que siniestra cronología diaria de sangre y muerte. Rodríguez Alcalá⁵⁹ compiló otros casos notables en un volumen con testimonios sobre los abusos que padecieron las *residentas*, aquellas mujeres paraguayas contra las que el

conductor de la guerra desató su ira persecutoria al considerarlas opositoras o por guardar lazos de parentesco e incluso de simple amistad con ciudadanos que no eran acreedores de su simpatía. Para ellas fueron creados auténticos *campos de concentración* como el campamento de Espadín, actualmente en territorio brasileño, y del que algunas lograron escapar con vida al ser liberadas por las fuerzas de ocupación del Imperio.

Esta determinación a ejercer su voluntad con fuerza y sin admitir la menor resistencia a sus decisiones ya eran obvias en 1862, cuando el futuro mariscal inauguraba su gobierno. Esto no impidió que autores de pluma persuasiva como García Mellid⁶⁰ se hicieran al propósito de desacreditar cada uno de los alegatos esgrimidos contra López al tiempo de colocar cuestionamientos muy severos contra quienes los sostenían, poniendo su credibilidad en entredicho. Toda la polémica resultante no hace sino demostrar hasta qué punto la realidad y la ideología se hallan entremezcladas y los auténticos criterios para discernir lo verdadero desaparecen ocultos bajo una tupida maleza. Por eso está muy en su lugar la admisión de un académico como Charles Kolinski, que proviene de un ambiente ajeno a los países que intervinieron en el conflicto, sobre la dificultad de rescatar lo auténtico y veraz de la intrincada maraña de afirmaciones tendenciosas, a favor o en contra.⁶¹ Por sobre las contradicciones, sin embargo, lo importante con respecto a Francisco Solano López es tratar de verlo con sus luces y sus sombras evitando la disyuntiva, forzosamente irreal y espuria, de convertirlo en ángel o demonio. Aún cuando la penumbra pudiera superar en mucho a la claridad, es absolutamente vital recuperar al hombre por detrás del mito. Con razón o sin ella, en el momento que le tocó vivir no evitó encarnar a la patria como pocos lo hubieran hecho.

Equivocado o no, delirante o acertado en sus percepciones, buscando un destino brillante para su tierra o actuando simplemente bajo la presión de una egolatría insana, llevó su decisión hasta un extremo absoluto e irrenunciable, al punto de morir por lo que subjetivamente concibió como la defensa de la patria, quizás cara a cara con sus enemigos, tal vez en un momento de debilidad o cobardía intentando escapar al rigor inflexible que le imponía su destino, atormentado en la desesperación de enfrentar la muerte. Más de un comentarista entrevistó, desde luego con simpatías hartamente dudosas, este final poco digno para su borrascosa carrera militar. *Murió tal como había vivido -señaló en duro juicio el inglés Robert Cunninghame-, egoísta hasta el último momento, dejando a su amante y a sus hijos solos e indefensos, mientras intentaba huir.*⁶² Hundido en el pantano de sus propias contradicciones y debilidades, cercado por adversarios que afluían en mayor número y más poderosos, nada parece más alejado de la visión tradicional del héroe que un final tan funesto como éste.

Para bien o para mal, no hay otro presidente americano que haya actuado de esta manera. Lo verdaderamente negativo sería -y sobre todo para la perspectiva científica a la que está obligado el historiador por su oficio- que la decisión de colocar al personaje a un lado u otro de la línea que separa al heroísmo de la cobardía termine siendo una simple elección personal, motivada más por la presión de las emociones que por una deliberación racional. Bray⁶³ comenta que López poseía voluntad de sobra para colocar a su país en el sitio más elevado posible entre las naciones de la región. Su gran deficiencia -y más que ello sin dudas era un defecto importante- fue carecer de la imprescindible amplitud de miras y serenidad de visión, así como de suficiente sagacidad política. Es claro que una orientación semejante hacia el encuentro de la fatalidad, como la que en apariencia tiñó el pensamiento del mariscal, es tributaria de fuentes ideológicas

muy concretas que actúan como el sedimento para las acciones.

Al comentar las filiaciones intelectuales de López con el *romanticismo* -según la precisa definición que ofrece Touchard⁶⁴ en su autorizado texto sobre las ideas políticas- y el *positivismo*, Rodríguez Alcalá⁶⁵ encuentra en ellas una probable explicación al ciego empeño que demostró por la defensa del honor nacional, y a esa sensación de lo grandioso que se percibe en su decisión de proseguir una guerra hasta llevarla a extremos sin sentido, aún cuando ya estaba definitivamente perdida. Con ello también se hizo responsable de pagar el costo, sin dudas demasiado alto, de la casi total aniquilación de su pueblo.

b. López, el padre

Con respecto al gobierno de Don Carlos Antonio López los disensos son menores. El país tuvo avances significativos durante su administración gracias a las iniciativas de infraestructura que impulsó y es claro que a su muerte el Paraguay de preguerra podía considerarse una nación próspera. Las transformaciones emprendidas tuvieron una gran amplitud, suficientes para que un autor como Cova⁶⁶ comparara a Don Carlos con el Zar Pedro I de Rusia (1682-1725), también llamado *el Grande*. Con ayuda de técnicos ingleses construyó uno de los primeros ferrocarriles de América y el primero en el Río de la Plata.⁶⁷ Este fue un logro que suscitó particular orgullo en la población. El primer tramo de la extensión ferroviaria se inauguró en 1856.⁶⁸ El 23 de diciembre de 1861, luego de varias pruebas exitosas que se realizaron sobre distancias cortas y que comenzaron en el mes de junio quedó habilitado un trayecto de mayor longitud.⁶⁹

Otra novedad para el país fue la utilización del telégrafo. Se organizaron la marina mercante y la marina de guerra, lo cual favoreció las comunicaciones y el transporte de personas y productos a través de los ríos, a más de iniciar un activo comercio internacional. Por primera vez navíos de pabellón nacional surcaron los mares⁷⁰ y alcanzaron los mercados europeos, abriéndolos a las posibilidades de un fluido intercambio de negocios. En septiembre de 1857 arribó el primer cargamento de productos locales al puerto de Londres.⁷¹

Todo esto potenció el despegue de los astilleros nacionales. Se disponía entonces de cuarenta buques, algunos de hasta doscientas toneladas, que se desplazaban activamente entre los puertos de Asunción y la región del Plata transportando mercaderías. Los barcos de guerra movidos a vapor sumaban once en total.⁷² El *Tacuarí* se construyó en la capital británica y fue adquirido en 1854. Estaba armado con seis cañones y pesaba 488 toneladas. Ese mismo año fueron incorporados a la marina nacional el *Río Negro* y el *Río Blanco*, ambos vapores de carga.⁷³ El Paraguay contaba con un arsenal, los astilleros del estado y la fundición de acero en Ybycuí, esta última con una capacidad de producción de quinientos kilos cada doce horas. El metal utilizado en la fabricación de los navíos procedía enteramente de aquéllos hornos. El arsenal de construcciones militares y navales comenzó a funcionar en 1855 en un terreno elevado que se encontraba en las cercanías del puerto de Asunción.⁷⁴ Los primeros barcos construidos en el país fueron el *Iporá*, lanzado al agua el 2 de julio de 1856, el *Salto del Guairá* botado el 17 de julio de 1857 y el *Correo*, una embarcación de menor porte que las anteriores y que tocó el río el 26 de octubre de 1857.⁷⁵

Con estas facilidades el Paraguay dependía muy poco de las importaciones.⁷⁶ López era muy consciente que el desarrollo económico paraguayo dependía en gran medida del comercio con el exterior, en particular las provincias argentinas situadas río abajo y por tal motivo se esforzó en intensificar esos contactos.⁷⁷ Además el país tenía la ventaja de no hallarse cautivo de una deuda externa. Por la abundancia de recursos con que se contaba para su respaldo financiero el papel moneda emitido era divisa fuerte, cotizada a razón de 5,10 francos por cada peso paraguayo.⁷⁸ Semillas de algodón fueron traídas de los Estados Unidos y tabaco de Cuba durante el gobierno de don Carlos, con el fin de promover la economía agrícola. Solo en 1860 se recogieron 6.900.000 kilos de tabaco. Para las finanzas locales era importante la producción de cueros, algodón, madera y yerba mate, todos los cuales constituían rubros que tenían colocación segura en los mercados externos.⁷⁹

El cultivo del algodón experimentó un ascenso sin precedentes entre 1863 y 1864 y la producción resultante alcanzó las dos millones de arrobas desmotadas. Pero el auge duró poco ya que el fin de la guerra de secesión en los Estados Unidos (1860-1865) -que en ese tiempo era uno de los principales proveedores internacionales del algodón- y el inicio de la Guerra contra la Triple Alianza frenaron abruptamente lo que en aquél momento constituía una promisoriosa ubicación del Paraguay entre los principales productores del mundo en este rubro.⁸⁰ Otros productos exportables eran los cigarros, la corteza para curtir y las naranjas.⁸¹ El Paraguay producía papel fabricado en base al algodón y a la planta de *caraguata*. Con esta última también se preparaban tejidos para la producción de camisas y ropa interior. Se tejía lana para confeccionar ponchos. La tinta se obtenía de la haba negra y con el raspado del cuero se lograba un pergamino *...tan bueno como el europeo*.⁸² Los altos índices de producción que alcanzó el Paraguay son tanto más sorprendentes si aceptamos como válida la afirmación de Doratioto⁸³ que fueron logrados mediante el empleo por el campesino paraguayo de técnicas para el cultivo que contaban con dos siglos de antigüedad. Con respecto a la ganadería, el Paraguay contaba con 3.000.000 de cabezas en 1864.

A la muerte de don Carlos, acaecida el 10 de septiembre de 1862, el país era el único de la región que podía ostentar el mérito de carecer por completo de analfabetos.⁸⁴ Muchos han explotado esta condición para establecer diferencias radicales con los gobernantes previos. Pero aún evitando caer en las exageraciones simplistas que a veces se hicieron sobre el régimen del Doctor Francia y su pretendida falta de apoyo a la educación, es preciso reconocer un sensible avance de la administración de Carlos Antonio López, al menos en relación a las disponibilidades educacionales que se podían obtener durante el período de la *dictadura perpetua*. Como dato ilustrativo del escaso favor que habría prodigado el dictador Francia a la instrucción primaria pública se menciona que al fallecimiento de este en 1840 solo se encontraba en funcionamiento una institución con ese carácter, la regentada por el maestro José Gabriel Tellez (1787-1869).

Abnegado y sensible educador, Tellez había sido nombrado en 1802, todavía durante el período de la colonia, por el gobernador Lázaro de Ribera y Espinosa de los Monteros (1756-1824), un hombre conocido y resistido por sus procedimientos despóticos.⁸⁵ El maestro Tellez continuó en funciones hasta que devino su jubilación en 1843. No claudicó nunca en su vocación, pese a las dificultades con las que debió trabajar y a que el Supremo le habría sometido a ciertas humillaciones que a otros hubieran desalentado rápidamente, como la reducción que sufrió su

salario de maestro en dos ocasiones.⁸⁶ Sin embargo, Tellez continuó recibiendo un monto salarial que representaba al menos el doble que el asignado a cualquier maestro rural de la misma época, pese al recorte que le fue impuesto.

Es posible que Francia no fuera el mecenas más comprometido posible con el avance de la instrucción popular, pero tampoco es cierto que haya permanecido siempre con los brazos cruzados ante las necesidades educativas del pueblo. Dispuso que el pago a los maestros dejara de representar una carga financiera para los padres de familia, como lo había sido hasta entonces, y los trasladó al presupuesto regular de los municipios. En 1828 estipuló la obligatoriedad de la enseñanza primaria y a partir de 1834 quedó establecida la asignación de sueldos normalizados a los maestros rurales, que en el momento sumaban 140.⁸⁷ Aún así, las escuelas eran muy modestas y con una ausencia lamentable de recursos. En ellas no había papel. Los alumnos podían disponer tan solo de punzones de hueso con los cuales escribían sus lecciones sobre tablillas enceradas.⁸⁸ En parte por todo eso, la cifra de 435 escuelas que se hallaban repartidas en el territorio nacional con un total de 24.524 alumnos en el sector público y una cantidad similar de establecimientos privados cuando fallece don Carlos⁸⁹ constituye un significativo y agudo contraste.

Otros aspectos del carácter de Francia, son incluso más llamativos. Se ha dicho a menudo que el gobernante mantenía relaciones conflictivas con cualquier cosa o persona que pudiera representar instrucción y conocimiento. Manifestó una abierta desconfianza y temor hacia aquéllos que implicaran una amenaza para la estabilidad de su régimen y sobre todo para la independencia paraguaya, que defendió siempre con cerrado convencimiento. Un ejemplo emblemático en esta difícil convivencia con la inteligencia es el caso que afectó al botánico francés Aimé Goujand-Bonpland (1773-1858), que permaneció secuestrado en el pequeño pueblo de Santa María de Fe, una antigua reducción jesuítica situada en el territorio paraguayo de las Misiones, entre 1821 y 1830.⁹⁰

Bonpland había llegado a los límites del suelo nacional atraído por el estudio de la *illex paraguayensis*, la célebre y valorada *yerba mate* paraguaya. El sabio se mantuvo abstraído y centrado en sus intereses científicos y no tuvo suficientemente en cuenta la conocida hostilidad que el dictador profesaba hacia los extranjeros. Un buen día fue apresado por los personeros de Francia y remitido a confinamiento sin mayores miramientos. La detención se realizó con gran dureza, trasladando al reo engrillado en su camino hasta Santa María incluso luego de recibir un sablazo en la cabeza durante el altercado que precedió a su detención y que dejó una buena cantidad de víctimas mortales entre los indígenas que ayudaban a Bonpland en su establecimiento.⁹¹

De nada valieron los pedidos de ilustres personalidades del exterior que se pronunciaron en favor del naturalista francés, entre ellas Simón Bolívar (1783-1830), para obtener su liberación. El incomprensible descuido modificó en forma radical las condiciones de vida de Bonpland por casi una década. En todo este curioso incidente, sin embargo, descollaba otro importante detalle. Bonpland había desarrollado un trato demasiado cercano con Francisco Ramírez, un líder gaucho que a comienzos de la década de 1820 mantenía el control político real sobre Corrientes, al tiempo de albergar -en apariencia por lo menos- pretensiones de anexión para el territorio de las Misiones, que se hallaban en disputa con el Paraguay.⁹² Dado el celo extremo que Francia

demonstró siempre por la protección a cualquier costo de la integridad territorial del país, resulta menos insólita esta actitud poco complaciente hacia el aclamado investigador europeo, si se considera la pelagrosa implicancia política que podrían haber tenido estas amistades.

Resulta notorio que el primer López compartiera similares lineamientos ideológicos que los próceres de la independencia de mayo de 1811 en lo que concierne a la importancia prioritaria que atribuyó a la cultura y a la educación, dos ideas-fuerza de su administración que fueron recogidas muchas veces en los discursos que pronunció como estadista.⁹³ El mismo, muchos años antes de ocupar la presidencia, había impartido cátedra en el Colegio Seminario de San Carlos enseñando Artes (materia que incluía Psicología, Lógica y Metafísica), además de Filosofía General. Poco después también le cupo encargarse de Teología Moral y Teología Dogmática. Don Carlos, de hecho, fue quien introdujo la enseñanza formal de la Filosofía en el Paraguay.⁹⁴

Esta actividad docente que ocupó sus años jóvenes se extendió de 1814 a 1822. Pero su interés en el cultivo de la educación continuó perfilándose cuando fue gobernante. Quizás los resultados en este campo podrían haber sido incluso mejores de no mediar las limitaciones que impusieron factores externos no siempre bajo el control directo del mandatario, como ser las trabas que enfrentó el país para la contratación de maestros extranjeros, al menos hasta que la batalla de Caseros del 3 de febrero de 1852 significó la derrota final del dictador argentino Juan Manuel de Rosas (1793-1877) a manos del general Justo José de Urquiza (1800-1870). Este hecho modificó por completo el panorama político en el gobierno de Buenos Aires y tuvo repercusiones obvias en el Paraguay, en especial por la posibilidad de una mayor apertura y contacto hacia el exterior.

La administración de Don Carlos no tuvo desde el inicio un carácter unipersonal, pues integró primero un *gobierno consular* junto a Mariano Roque Alonso (¿1792?-1853), hombre proveniente de la milicia que aunque disponía del mando efectivo de las armas carecía del conocimiento y las condiciones personales necesarias para gobernar solo. De hecho, Whigham⁹⁵ asegura que apenas poseía las habilidades básicas de la lectura y la escritura, lo cual permite formarse una idea aproximada de su condición. Convocó a don Carlos para que aportase su mayor conocimiento en la ejecución de las faenas propias que requería el gobierno. Alonso no demoró mucho en ser desplazado por su hábil e instruido compañero, quien desde entonces instauró su completa hegemonía personal. Algunas iniciativas culturales importantes comenzaron a gestarse con ellos. Cuando aún integraban el consulado dieron andamio a la *Academia Literaria*, que puede considerarse el primer instituto laico de enseñanza superior en el país y cuyas actividades se iniciaron el 9 de febrero de 1842.⁹⁶

La institución ofrecía como cátedras de estudio el Latín, Idioma Castellano y Bellas Letras, Filosofía Racional (Lógica, Metafísica, Ética General y Particular, Física General y Particular), además de Teología Dogmática (Historia Sagrada y Cronología, Teología Moral, Historia Eclesiástica y Oratoria Sagrada). Dos años después se agregó la cátedra de Filosofía.⁹⁷ La finalidad principal que animó su creación era la formación del futuro sacerdocio y la élite dirigencial de la sociedad.⁹⁸ En esencia, la *Academia* se concibió como el primer paso para la posterior creación de un Colegio Nacional, medida que había sido dispuesta por el Congreso en su reunión de 1841.⁹⁹ Tal requisito, sin embargo, nunca fue cumplido. Emprendimiento de

similar importancia fue la *Escuela de Derecho Civil y Político*, abierta en 1850 y antecesora directa de la facultad que habría de ser instaurada cuatro décadas más tarde. Pero se mantuvo en acción por muy poco tiempo. Su mentor fue el destacado jurista Dr. Juan Andrés Gelly (1808-1859), que años antes había ejercido la diplomacia en Río de Janeiro. En la voluminosa obra que dedicó a su persona, un biógrafo lo describió como:

...un ciudadano de cultura superior, un defensor decidido de nuestra firme pero discutida independencia, un periodista de pluma lúcida y de amplia visión, un abogado de profundos conocimientos jurídicos, un diplomático distinguido y un colaborador eficaz del presidente Carlos Antonio López en la obra de progreso de este insigne gobernante...¹⁰⁰

Las necesidades que había de gente ilustrada para actuar como personal acreditado al servicio diplomático y las expectativas crecientes sobre la figura de Gelly en tal sentido fueron algunas de las causas más probables para la rápida extinción que sufrió la escuela.¹⁰¹ En 1859 también fue inaugurado el Curso de Medicina, que funcionó con el concurso de los médicos extranjeros -principalmente británicos- que habían sido contratados por el gobierno en los años precedentes. Su director fue el médico militar escocés Guillermo Stewart.¹⁰²

Para mejorar la educación de los jóvenes fueron convocados profesores extranjeros como el francés Pedro Dupuy (1816-1887), quien en octubre de 1853 abrió una escuela para la enseñanza de las matemáticas que comenzó a funcionar en enero del año siguiente. Sin embargo, la iniciativa pedagógica de Dupuy padeció el mismo estigma de lo efímero, mal endémico en la educación paraguaya de la época, ya que duró solo hasta mediados de 1855. El matemático regresó a su patria acompañado de su familia en un barco que zarpó el 16 de julio de ese año. Para entonces había arribado al país el profesor y literato español Ildefonso Antonio de Bermejo (1820-1892), quien junto a su esposa doña Purificación llegó el 20 de marzo de 1855.¹⁰³ Con mucha diligencia organizó una institución que en líneas generales podría compararse a una escuela normal y que acabó transformándose en la célebre *Aula de Filosofía*. Corría el año 1856. En este recinto se estudiaba Gramática, Lógica, Historia Sagrada y Profana, Cosmografía, Geografía, Literatura, Moral y Teodicea, Catecismo político, Derecho Civil, Francés y composiciones literarias.¹⁰⁴

El periodismo también ocupó la atención del inquieto maestro europeo. Es posible que Bermejo no fuera un escritor de primera línea pero representaba un espíritu muy activo que supo cubrir con creces cualquier posible deficiencia. Pero por motivos que tuvieron su raíz en una áspera rivalidad personal que envenenó las relaciones entre su esposa y la amante de López, Elisa Lynch -y en la que también jugó un papel decisivo la esposa del embajador francés- tomó la conveniente decisión de retornar a España y no caer en una confrontación directa y peligrosa con el mandatario o levantar en su contra las iras del mismo. Empezó viaje de regreso el 6 de marzo de 1863.¹⁰⁵

Diez años más tarde dio a conocer en Madrid un libro sobre el Paraguay¹⁰⁶ que provocó sorpresa en quienes lo conocieron por el contenido poco edificante que traslucía hacia el país que años antes le había brindado su confianza y hospitalidad.¹⁰⁷ Don Carlos también procedió a la reapertura del *Seminario*, un centro especializado que goza de una larga e intermitente historia y que había sido clausurado por última vez en 1822 por orden del Doctor Francia,

cuando ya prácticamente carecía de alumnos inscritos.¹⁰⁸ Comenzó a funcionar de nuevo en 1858 y fue designado para el cargo de Rector el Padre Fidel Maíz, quien fue llamado para el efecto desde sus funciones de curato en la parroquia del pueblo de Arroyos y Esteros. En el *Seminario* se dedicó a la enseñanza, tomando a su cuidado Teología Moral y Vísperas de Canones. Pero en 1863, ya durante el gobierno de Francisco Solano López, sufrió una intempestiva destitución a causa de intrigas que realizó en su contra el presbítero -más tarde Obispo- Manuel Antonio Palacios.¹⁰⁹

La difusión de la cultura también recibió un impulso favorable en el Paraguay de don Carlos. Según documenta Pla¹¹⁰ con mucho detalle, el ingreso y comercialización de libros ganaron fuerza a partir de 1860. Los registros aduaneros muestran que ese año los recursos financieros derivados de la introducción de libros casi alcanzaron al rubro que correspondía a los muebles.¹¹¹ A juzgar por las listas del material que importaban los librerías eran la literatura de ficción, las novelas, la poesía, el teatro y la historia las que centraban las preferencias. Con una menor proporción se pedían obras de higiene, dietética y *psicología*.¹¹² En esta última categoría los primeros ejemplares para la venta parecen haber circulado en 1863. Los libros no soportaban censura alguna. Un testigo de la época como Juan Crisóstomo Centurión (1840-1909) asegura que los autores de las principales doctrinas políticas y económicas eran leídos con normalidad en Asunción, aunque advierte sobre la falta de libre discusión que imperaba en el ambiente. Las ideas, por este motivo, ...*tenían forzosamente que permanecer estancadas en la mente del que las hubiera leído.*¹¹³

El primer periódico que se imprimió fue *El Paraguayo Independiente* y su publicación se extendió desde el 26 de abril de 1845 al 18 de septiembre de 1852. Doratioto¹¹⁴ asegura que fue José Antonio Pimienta Bueno, primer encargado de negocios brasileño en el Paraguay, quien sugirió a don Carlos la creación del diario. El redactor central era el mismo López y su propósito fundamental la defensa de la independencia paraguaya frente a las ambiciones anexionistas del tirano Juan Manuel de Rosas, por entonces gobernador de Buenos Aires. Para hacer posible la edición se adquirió una imprenta y un técnico alemán se encargó de ponerla en marcha.¹¹⁵ Fue aquella misma coyuntura riesgosa con la Argentina lo que motivó una reorganización del ejército nacional, en virtud de una ley que se dictó el 26 de agosto de 1845.¹¹⁶ Un segundo periódico, *El Semanario*, comenzó a leerse en 1853 y su director fue Juan Andrés Gelly. Pero a la muerte de este dos años más tarde a la primera tirada, lo sustituyó Bermejo.¹¹⁷

En el renglón económico el estado ejercía una función reguladora muy fuerte para todo lo concerniente al comercio minorista a través de los almacenes, tiendas y proveedurías de que disponía y de donde eran adquiridos los productos básicos para consumo de la población. En igual sentido puede hablarse de una vigorosa intervención gubernamental en las operaciones de comercio exterior, donde ejercía un completo dominio en el rubro de exportación de la hierba mate y un casi monopolio en numerosos otros sectores. En este contexto la iniciativa privada también estaba presente aunque en un margen comparativamente menor que la actividad estatal.¹¹⁸ Los ingresos de las rentas públicas, aunque pequeñas en volumen, se originaban en los impuestos a las mercaderías de importación y exportación, al papel estampillado, las patentes comerciales y el diezmo impuesto a los productores de la tierra.¹¹⁹ Las primeras monedas también se acuñaron durante este gobierno, más precisamente en 1845.¹²⁰

Pero en este escenario no todos los aspectos resultaron positivos. A partir de 1849 la *elefantiasis* que padecía don Carlos comenzó a agravarse y con ello declinó su participación y liderazgo en el gobierno, al tiempo que crecía la de su hijo Francisco Solano. Este ascenso coincidió con el inicio de una corrupción escandalosa. La familia del gobernante fue apoderándose lentamente del país y para 1860 tenían ya una veintena de estancias y más de trescientas mil cabezas de ganado vacuno. El nepotismo era rampante.¹²¹ Al parecer don Carlos tenía como uno de los principales defectos el no saber como negar capricho alguno o favor a sus hijos, habiéndoles transferido grandes extensiones de tierra del estado a su hacienda personal.¹²² En similares términos, Thompson¹²³ describió al Paraguay de entonces como una sociedad con claros rasgos feudales donde el entorno de los gobernantes tenía completo control de la economía interna, la cual se hallaba subordinada a los dictados de sus intereses familiares y corporativos. En esencia los López eran ganaderos, comerciantes y agricultores, propietarios de estancias y plantaciones muy extensas, se dedicaban a la explotación de la hierba y la madera e intervenían en operaciones inmobiliarias y crediticias, además de participar en florecientes negocios de importación y exportación.¹²⁴ En una palabra, ejercían una completa preeminencia en todas las esferas de la actividad económica. En los asuntos públicos se imponía una estricta vigilancia interna y una dinámica política que no prescindía del espionaje y la delación como instrumentos de control, prácticas que fueron instauradas desde la época del Doctor Francia.¹²⁵ El entorno social era el de un controlado sistema patriarcal con un Estado operando de gendarme y atenzando al individuo.¹²⁶

No eran comunes la violencia ni la represión abierta pero la crítica libre y el disenso no estaban permitidos a ningún ciudadano. Los derechos civiles no eran universalmente respetados. Quedaba admitida la pena de muerte, pero existen informes¹²⁷ de fusilamientos aplicados en determinadas ocasiones, aunque al parecer sin formar parte de una práctica constante. No son pocos los que opinan, como lo hace Prieto,¹²⁸ que el otorgamiento gradual de las libertades que tuvo lugar con la administración del primer López respondía al deseo de conjurar el peligroso trastorno que habría supuesto una apertura repentina y absoluta a una población doblegada en lo más íntimo de su conciencia por décadas de inflexible control social practicados por el Doctor Francia. La ley general de 1844 confería poderes casi ilimitados al presidente de la república, pese a lo cual don Carlos gobernó con prudente moderación y sin abusar de ellas.¹²⁹ No faltaron los lugares de confinamiento forzoso como el distante pueblo de Tevegó al norte, luego denominado Villa de San Salvador, donde eran enviados homicidas, cuatreros, mujeres adúlteras e incluso alguien que fue hallado culpable de ser *borracho y mal entretenido*.¹³⁰ Al igual que el Doctor Francia, don Carlos nunca admitió que su ejercicio personal del poder pudiera estar sujeto a discusión alguna.¹³¹ En parte por este motivo evitó, a toda costa, la *contaminación* que hubiera supuesto la difusión de las ideas liberales, que por entonces florecían en el Río de la Plata. En esto también se asemejó al Doctor Francia.

Un aspecto deslucido de su gobierno es la política en relación a la tierra, muy bien analizada por Pastore¹³² y a la que Rodríguez Alcalá¹³³ no vaciló en calificar de *antipopular*. Las cosas comenzaron cuando, por una ley del Congreso Nacional de 1842 el Estado dispuso que las tierras y ganados que desde el siglo XVII pertenecían en propiedad plena a los pueblos indígenas fueran asignados solo a aquéllos considerados por el gobierno como "capases y de servicios", excluyendo de hecho a los demás, que en el acto dejaban de ser propietarios. Como los "capases y de servicios" no eran muchos, la medida afectó a una importante mayoría. La

calificación en sí misma se hacía sospechosa de vicios políticos y favoritismos. Luego, por un decreto del 19 de julio de 1843 se reactivó el pago de la *media anata*, un tributo real introducido en 1631 que se basaba en una entrega proporcional al salario o la producción anual de la tierra que debía realizar el hacendado. En realidad la *media anata* rara vez se aplicó durante la colonia.¹³⁴

El decreto de López estableció que el Estado habría de fijar los montos precisos en base a los documentos de propiedad que se acreditaran. Pero como muchos carecían de ellos o nunca se preocuparon de obtener su regularización, casi todos terminaron perdiendo sus pertenencias. Grandes extensiones de tierra pasaron a manos del estado. El 2 de enero de 1846 fueron declarados de propiedad estatal las plantas de yerba mate y los bosques con maderas utilizables en la construcción naval, sin que importara a quiénes pertenecieran las fincas.

En el decreto del 7 de octubre de 1848 el estado terminó absorbiendo la totalidad de los bienes, derechos y acciones¹³⁵ de los pueblos de indios no asimilados y que se hallaban esparcidos en gran parte de la república. De la noche a la mañana sus habitantes dejaron de ser dueños para convertirse en meros ocupantes de los terrenos que una vez les pertenecieron o como mano de obra barata a utilizarse en los hiévaes y obrajes. El estado nacional que emergía por la aplicación de estas medidas se convirtió en el mayor y casi único beneficiario de la propiedad rural en el país, pero en base a la apropiación compulsiva y el despojo. Esto dio lugar a no pocos hechos de corrupción asociados a la familia López. Muchas de las propiedades confiscadas en 1848 pasaron a manos del clan familiar.¹³⁶ Lo cierto es que, a lo largo de estos años y también más tarde, cuando el estado vendió sus tierras a los inversores privados tras finalizar la guerra, la vida en las plantaciones fue lo más similar posible a una forma moderna de esclavitud. Las grandes miserias humanas que formaban el horizonte de los trabajadores paraguayos en los establecimientos de la hierba fueron evocadas medio siglo más tarde por el escritor anarquista español Rafael Barrett (1876-1910), en páginas de ferviente denuncia que alcanzaron gran belleza literaria.¹³⁷

Como contrapeso positivo, Thompson¹³⁸ asegura que los paraguayos tenían garantizada su seguridad y su vida, probablemente más de lo que pudiera conseguirse en cualquier otro lugar del mundo. Todo esto, sumado a las costumbres sencillas que siempre caracterizaron a la población, hacían del país un lugar agradable para vivir, pese al liderazgo patriarcal que ejercían sus dirigentes. La estabilidad interna que disfrutaba el Paraguay contrastaba radicalmente con la enorme volatilidad política que soportaban sus vecinos, principalmente las provincias confederadas argentinas. El 24 de noviembre de 1842 don Carlos declaró la *libertad de vientres de las esclavas* y prohibió tácitamente el tráfico de los mismos. Pero los *libertos*, como fueron llamados a partir de ese momento, quedaban obligados a prestar servicio hasta cumplir los 24 años en el caso que fueran mujeres y 25 si eran varones.¹³⁹ Como quiera que sea, esta disposición significaba una abolición no repentina sino gradual de la esclavitud. A este respecto Washburn¹⁴⁰ especuló sugestivamente que, de haber tenido los Estados Unidos una ley semejante hacia la misma época, bien podría haberse evitado la cruenta guerra de secesión que tanto daño causó a la gran nación del norte.

El azote implacable de la guerra

La Guerra Grande destruyó todo lo que era el Paraguay antes de 1864. En pocos años bajó de su sitial de nación en buena posición económica y autoabastecida en sus necesidades básicas a un cúmulo de ruinas humeantes, con la casi totalidad de su población -especialmente la masculina- en virtual exterminio. Si alguna vez el país fue merecedor de consideración por su numeroso ejército, también en este aspecto quedó completamente asolado. En ocasiones se ha dicho que la *militarización* del Paraguay tuvo su inicio con el gobierno de Francia y se acentuó paulatinamente con los López, aunque autores como Cardozo¹⁴¹ y Williams¹⁴² demuestran que la tendencia puede percibirse ya desde los lejanos tiempos de la colonia. La justificación principal del argumento radica en que una parte muy extensa de la frontera paraguaya se hallaba en continua amenaza por los indígenas hostiles provenientes del Chaco y cuyas incursiones eran harto frecuentes. Muchos recolectores de hierba y obrajeros del interior con frecuencia perecían a manos de estos. Asimismo estaba el riesgo de los *bandeirantes*, exploradores y aventureros portugueses y mestizos que, tomando a la ciudad de São Paulo como su plataforma de expansión, se adentraban en lo profundo del territorio brasileño capturando indios para someterlos a la esclavitud y buscando oro con la avidez que produce la ganancia fácil.

Los *bandeirantes* mucho tuvieron que ver con la progresiva extensión ganada por la frontera portuguesa a costa de las posesiones españolas hasta la guerra de 1801, que fue el último conflicto que provocaron en el siglo XVII.¹⁴³ La penetración comenzó en 1616 pero hacia 1626 los ataques cobraron tal magnitud que, a más de las numerosas muertes provocadas, forzaron el traslado de ciudades y poblaciones enteras. Este fue el caso del Guairá y su capital Villarrica, que tuvieron que mudarse varios cientos de kilómetros al oeste¹⁴⁴ hasta ocupar la ubicación actual. La fundación en 1773 del asentamiento de la Villa Real de la Concepción, en la zona norte del país, tuvo como uno de sus propósitos estratégicos la contención de los avances que se producían de continuo en esa región, tanto de los indios de diferentes etnias como de los peligrosos *bandeirantes*, representando también para los españoles un intento de recuperación de aquél territorio casi perdido a manos de esas legiones invasoras.¹⁴⁵

El hábito expansionista de los *bandeirantes* y portugueses quedó como herencia al Brasil, que tras la independencia paraguaya comenzó una serie de enfáticos reclamos territoriales sobre varias porciones de la geografía nacional. Es muy ilustrativo como algunos intelectuales europeos de la época, de los que el anarquista francés Elisée Reclus (1830-1905) es un preclaro ejemplo, tomaron esta oposición centenaria entre los paraguayos y mamelucos -o entre lo que podía llamarse *la nación guaraní en búsqueda de su libertad y el imperio esclavista brasileño*¹⁴⁶ - como una de las justificaciones principales para su análisis de las circunstancias que en 1864 empujaron al estallido final de las hostilidades. Estas condiciones, al mismo tiempo, inclinaron en mucho las simpatías de la izquierda progresista francesa hacia la causa del Paraguay durante la Guerra Grande. A tales factores históricamente perturbadores con el Brasil se sumó la enemistad argentina que negaba de manera sistemática el reconocimiento a la independencia del país. Aquéllos hechos en su conjunto tuvieron un visible efecto al aumentar la aprensión del gobierno paraguayo por disponer de una defensa militar efectiva frente a las probables complicaciones externas que pudiesen surgir. El Paraguay *se militarizó por necesidad* llegó a puntualizar Domínguez¹⁴⁷ y aquélla decisión que optaba por la defensa activa de la soberanía volvía palpable la preocupación básica por asegurar el derecho a la autonomía frente a

las amenazas externas de las que era objeto.

En el mismo sentido, las relaciones exteriores quedaron muy marcadas por las actitudes poco amistosas de los dos grandes vecinos del Paraguay y por la necesidad de obtener el reconocimiento de la independencia. El Doctor Francia adoptó el enclaustramiento total como solución a este problema y mediante esa estrategia preservó la integridad del territorio frente a los deseos anexionistas de la Argentina, nunca disimulados. La política de fronteras rígidas e impermeables se mantuvo sin variación durante todo el tiempo que duró la dictadura. De hecho, no hubo diplomacia alguna durante el gobierno de Francia. Don Carlos lideró una mayor apertura, que mereció la calificación de *mesurada* y *circunspecta* por un contemporáneo como Fix.¹⁴⁸ Aunque muy controlada en efecto, la nueva actitud impulsada por don Carlos le permitió mejorar las relaciones con la Argentina, principalmente tras la caída de Rosas en 1852, que fue el mayor adversario que jamás tuvo la independencia paraguaya. Aún así persistieron dificultades importantes como los diferendos derivados de la pretensión argentina de anexionarse una porción considerable del Chaco, un territorio que siempre había estado bajo la posesión real del Paraguay. Los argumentos argentinos fueron expresados con toda claridad por la misión diplomática del enviado del general Urquiza, Tomás Guido, ante el presidente Carlos Antonio López en octubre de 1855 y que fuera categóricamente rechazada por este.¹⁴⁹

Bolivia fue el primer estado en reconocer de manera explícita la existencia soberana del Paraguay en la sesión de la Convención Nacional de aquel país que tuvo lugar el 17 de junio de 1843.¹⁵⁰ Brasil fue el segundo en hacerlo y no el primero como algunas fuentes¹⁵¹ aseguran. El reconocimiento a la independencia paraguaya por el coloso sudamericano se produjo el 14 de septiembre de 1844 en un trámite formalizado durante la visita a Asunción de Pimienta Bueno, quien como se recordará fue el primer encargado de negocios que el Imperio envió al Paraguay. Por su parte, el gobierno uruguayo promulgó un decreto declarando reconocer la independencia del Paraguay el 14 de junio de 1845.¹⁵² López también obtuvo el beneplácito de Francia y Gran Bretaña. La Confederación Argentina, a través de su emisario especial Dr. Santiago Derqui (1809-1867), reconoció la independencia el 17 de julio de 1852.¹⁵³ Los vínculos entre el gobierno de los Estados Unidos y el Paraguay se iniciaron en junio de 1845 con la designación de Edward A. Hopkins para llevar adelante los primeros contactos con el gobierno de López, aunque la declaración oficial de reconocimiento se retardó hasta 1852.¹⁵⁴

Pero estos avances en el plano diplomático, no impidieron a López el verse envuelto en conflictos con algunas de estas naciones, además de los recurrentes con el Brasil y la Argentina. Con España el proceso fue más complicado y lento. No pudo lograrse durante la misión diplomática que llevó a Francisco Solano López a Londres, París y Turín en 1853, y que tuvo a Madrid como última escala de viaje al año siguiente de 1854. Algunas pretensiones relativas a la nacionalidad de los hijos de españoles nacidos en el Paraguay y a las compensaciones por daños a la propiedad de los súbditos ibéricos por las confiscaciones que ocurrieron durante el gobierno del Doctor Francia frustraron cualquier posibilidad de acuerdo. Las relaciones pudieron recomponerse solo veintiséis años después, cuando en 1880 fueron reanudadas durante la presidencia de don Cándido Bareiro (1833-1880), cuya administración se extendió entre 1878 y el año de su muerte. Finalmente, el canje de ratificaciones tuvo lugar el 8 de abril de 1882.¹⁵⁵ Entre 1862 y 1864 a Solano López le quedó poco tiempo pero sobre todo muy escaso tacto para ejercer algún ensayo coherente de diplomacia exterior, habida cuenta la rapidez con que se

desencadenaron los acontecimientos que finalmente condujeron a la guerra.¹⁵⁶

En 1864, Paraguay era conocido por su buena provisión de armamento bélico y por gozar de una posición estratégica favorable para el equilibrio de fuerzas en la región. Disponía de 18.000 hombres en su ejército en 1862, cifra que ascendió a 40.000 un par de años más tarde, en la época que el Brasil realizaba su intervención sobre la Banda Oriental, que tuvo su inicio en septiembre de 1864. La idea de Solano López era alcanzar las 60.000 tropas, obtenidas por el enrolamiento continuo. Ya durante el gobierno de Don Carlos hubo levadas de reclutamiento en 1842, 1845, 1847, 1849, 1854 y 1855. Estas se intensificaron entre 1856 y 1857 al volver Solano López de su misión europea y continuaron creciendo tras su elección a la presidencia.¹⁵⁷ Pero en contrapartida al aumento numérico, la preparación del personal militar estaba lejos de ser la ideal.

Bareiro Spaini¹⁵⁸ señala que los oficiales obtenían sus promociones sin contar con una instrucción especial relacionada a la función y que la formación técnica de los jefes y oficiales era virtualmente inexistente. No le faltó razón a Cunninghame Graham¹⁵⁹ al asegurar que, de haber contado con el entrenamiento adecuado y un mando que los dirigiera en forma inteligente, el ejército paraguayo pudo ser tan bueno como cualquiera de los que por entonces existían en el mundo. Es indiscutible que, aunque el gobierno de don Carlos Antonio López auspició fecundos emprendimientos en el campo de la educación pública, demostró muy pocas iniciativas orientadas a la instrucción profesional del personal militar de la nación.¹⁶⁰ Por ello, la realidad del ejército paraguayo no se identificaba con la representación de una enorme maquinaria bélica como se creía y pregonaba interesadamente en determinados círculos políticos de los países vecinos, teniendo en cuenta no solo la insuficiente preparación militar, sino la escasez de pertrechos y armamento moderno, tanto en cantidad como en calidad.¹⁶¹ Pero la disciplina de las tropas y la fidelidad que siempre demostraron al mando eran, sin embargo, características distintivas de las que los ejércitos aliados mayormente carecían y que sirvieron para compensar muchas de las limitaciones que afectaron al ejército del Paraguay.¹⁶²

En el plano más operativo las defensas estaban bien organizadas con las fortificaciones de Humaitá e Itapirú que actuaban de custodios para el acceso al país por los ríos, y a ellos había que sumar los once vapores de guerra, fuertemente artillados y pertrechados, que poseía la escuadra nacional.¹⁶³ Los primeros intentos de forzar el paso por el río a la altura dominada por el primer fuerte se produjeron el 9 de septiembre de 1867, pero el sitio de la plaza y posterior ataque de las fuerzas brasileñas demoraron hasta el 16 de julio de 1868. Los resultados no fueron alentadores para el ejército imperial, que dejó 3.000 muertos en el terreno de batalla, mientras las pérdidas paraguayas fueron de solo 200 hombres. Dos días después, el coronel riojano Miguel Martínez de Hoz intentó otra embestida, sufriendo esta vez 400 bajas.¹⁶⁴ Por estas razones la caída de Humaitá resultó una de las misiones más duras que debió enfrentar el ejército aliado en su campaña contra el Paraguay. El patriotismo y la tenacidad con que fue defendida merecieron el elogio incluso de los historiadores militares que escribieron sobre la guerra en los países vencedores (por ejemplo, Garmendia,¹⁶⁵ y por algunos modernos.¹⁶⁶

Este poder de fuego hacía que determinadas naciones que se hallaban afrontando situaciones potencialmente conflictivas en sus fronteras contaran con el auxilio del Paraguay como un

factor disuasivo de peso en la solución de sus propios conflictos o como alternativa para un apoyo militar efectivo.¹⁶⁷ Tal fue el caso en particular de la Banda Oriental, cuyos litigios con el Imperio del Brasil fueron uno de los desencadenantes principales de la conflagración,¹⁶⁸ al menos en el aspecto estrictamente formal, ya que las causas reales se extienden en ramificaciones más complicadas. Mucho se ha escrito sobre el perfil que representaba el Paraguay como una potencia real emergente en la región y cuyo desarrollo económico, social y cultural autónomos no armonizaba muy bien con las condiciones que deseaban imponer las metrópolis hegemónicas de la época, particularmente Inglaterra.

En esta línea de pensamiento Pomer¹⁶⁹ analizó cómo la influencia británica y los recelos de sus aliados regionales el Brasil y la Argentina resultaron determinantes para la explosión bélica definitiva y la consecuente destrucción del país en la incipiente infraestructura que se estaba generando. El análisis que hace Chiavenatto,¹⁷⁰ un escritor brasileño muy crítico hacia la participación que le cupo a su país en el conflicto, apunta en igual dirección. Es idea aceptada por muchos que la inquina británica contra el Paraguay tuvo su origen en la negativa de Francia y los López por enajenar la riqueza nacional para beneficio del capital inglés, como ocurrió con las naciones aliadas, y por su intransigente propósito de impulsar el avance de una economía nacional que fuera a todas luces independiente.¹⁷¹

El argumento suena lógico y consistente a primera vista, aunque no ha logrado convencer a todos. Los historiadores De Marco¹⁷² y Doratioto,¹⁷³ por ejemplo, se muestran escépticos ante la realidad que presenta este escenario y opinan que la tesis conspirativa británica contra el Paraguay no encuentra el respaldo documental suficiente para convertirla en una explicación histórica plausible. De igual manera, algunos estudios muy cuidadosos sobre las relaciones económicas y políticas de Gran Bretaña con el Paraguay en los años previos a la guerra¹⁷⁴ demuestran que la isla no solo cumplió un importante papel como proveedor de los insumos que el país empleaba en sectores estratégicos para su desarrollo, sino que una eventual destrucción de la infraestructura económica del Paraguay en realidad no habría representado una ventaja comparativa para los intereses del imperio británico.

Otro problema fue lo que se podría describir como la aparente imprevisión¹⁷⁵ en que cayeron Francia y los López para formar una clase dirigente lúcida y con la capacidad suficiente para interpretar la realidad de su tiempo en formas que fueran adecuadas y ayudaran a reconocer los grandes poderes a los que se enfrentaba el Paraguay. Esta carencia conspiró fatalmente para la articulación de una política exterior capaz de sopesar eficientemente los desafíos que se avecinaban. El sometimiento final de los recursos del Paraguay a los dictados del capitalismo de ultramar fue, por ello, una de las consecuencias más funestas que se derivaron del conflicto, independientemente de las reales intenciones británicas con respecto al Paraguay, cualesquiera que hayan podido ser. Pereyra¹⁷⁶ y Williams¹⁷⁷ apuntan que el cálculo equivocado de López respecto a las posibilidades de que sus vecinos Argentina y Brasil -que desde hacía varias décadas arrastraban conflictos intestinos de fragmentación- estuvieran en aquél momento en condiciones de responder como naciones unificadas fue un elemento determinante en su cuestionable y equivocada decisión de confrontarlas por la vía de la fuerza militar.

Las estimaciones sobre los efectos cuantitativos reales que produjo la Triple Alianza en el aspecto demográfico siempre fueron difíciles de precisar, ya que los números de que se

disponen sobre la población paraguaya con anterioridad a 1865 no parecen enteramente confiables. Como señala Ganson de Rivas¹⁷⁸ solo se cuenta con un censo anterior a la guerra realizado en 1846 y que arroja un dato de 238.862 habitantes, mientras otro realizado en 1886, a dieciséis años de concluir las acciones militares, habla de 239.774 personas. Ashwell¹⁷⁹ analizó con cuidado el problema y opina que antes de la contienda podría calcularse una cifra de 1.227.213 habitantes, cantidad que se redujo a solo 242.796 al finalizar el conflicto. Dos años antes de comenzar la pugna, Du Graty¹⁸⁰ informaba de una población de 1.337.439 personas, al tiempo que Fix estima en 1.000.000 las *almas* residentes en el Paraguay hacia 1862.¹⁸¹

Otro autor clásico, el escritor Juan Silvano Godoi (1850-1926), dio noticia sobre 1.300.000 personas en 1864, disminuyendo rápidamente a 220.000 al término de las hostilidades.¹⁸² Historiadores como Vasconellos¹⁸³ acercan apreciaciones similares. Todo esto, más allá de cualquier deseable exactitud -por lo demás, probablemente imposible- permite ver la sustancial mortalidad causada por el combate y por qué no es exagerado sostener que se trató de una auténtica operación de exterminio. Las pérdidas en vidas humanas que sufrieron los aliados, aunque mucho menores, tampoco son despreciables y se sitúan en el orden de las 100.000 víctimas.¹⁸⁴ De las instituciones políticas, jurídicas y de la producción educativa y cultural que una vez se tuvo, casi nada se salvó.¹⁸⁵ Una parte fundamental de la infraestructura pública y privada se perdió para siempre y el mayor segmento de la fuerza económicamente activa que disponía el país terminó sepultada en el campo de batalla.

La capital debió sufrir la ignominia del saqueo a manos de las tropas brasileñas que ingresaron a Asunción el 1º de enero de 1869. De este episodio se guardan memorias muy amargas. Fueron presa del pillaje los bienes y las residencias de los particulares, los templos católicos y las tumbas de los cementerios, incluso el mismo palacio de los López. La propia legación del Brasil, así como la de Estados Unidos y los consulados de Francia y Portugal fueron víctima de la irrefrenable locura del bandillaje, violentando incluso la neutralidad y protección que asisten a las embajadas,¹⁸⁶ principios universalmente reconocidos por el derecho internacional. Algunas viviendas que pertenecían a las familias tradicionales de Asunción fueron utilizadas por los jefes de las fuerzas invasoras para alojar en ellas a las mujeres de vida fácil que parasitaban a los superiores del ejército aliado en su paso por el país, *...ejerciendo todos aquellos actos que la moral se resiste a describir.*¹⁸⁷ Aún los traficantes diversos y los vivanderos extranjeros que escoltaban al ejército invasor para alimentar a la soldadesca brasileña se apropiaban sin rubor de aquéllos bienes ajenos que no les pertenecían.¹⁸⁸

El continuo acarreo de muebles -muchos de ellos importados de Francia a gran precio-, obras de arte y otros objetos de enorme valor sustraídos de los hogares asuncenos y los edificios públicos en dirección al puerto de la ciudad se producía de continuo y sin descanso, de día y de noche. Observa Decoud¹⁸⁹ que, como la ciudad carecía de alumbrado público en aquéllos días, los invasores no encontraron mejor procedimiento para facilitar su oprobiosa actividad nocturna que prendiendo fuego a todas las casas que se hallaban próximas a la zona portuaria, dando lugar a una enorme antorcha urbana que en mucho recordaba la que siglos antes había provocado sin remordimiento alguno un recordado a la vez que siniestro emperador romano. A su tiempo la Iglesia de Trinidad, ubicada en las cercanías de Asunción, se vio convertida en caballeriza del ejército argentino. Según afirma O'Leary,¹⁹⁰ la tumba del ex presidente Carlos Antonio López, próxima al lugar, quedó completamente cubierta con el estiércol que los

caballos dejaron esparcido sobre ella, en un más que simbólico acto de menoscabo y desprecio.

El despojo sufrido se extendió al acervo documental y a los archivos que eran propiedad inalienable de la nación. Estos fueron trasladados a Piribebuy por orden del Mariscal López cuando la ciudad se erigió como tercera capital de la República, luego de caer Asunción y Luque. De Piribebuy los hurtaron las tropas de ocupación a su ingreso el 12 de agosto de 1869, trasladando después los papeles a archivos privados y finalmente a la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, donde pasaron a conformar la *Colección Vizconde de Río Branco*. Entre ellos figuran muchas piezas históricas que probarían los abusos cometidos por el ejército imperial a su paso por el Paraguay.¹⁹¹ Los 49.313 documentos fueron finalmente devueltos el 17 de febrero de 1981 y transportados en un vuelo de la Fuerza Aérea del Brasil hasta Asunción.¹⁹² Importantes colecciones que formaban las muchas bibliotecas públicas y particulares existentes en ese tiempo también resultaron hurtadas en Piribebuy y después llevadas a Buenos Aires y Río de Janeiro. Como en la mayoría de los casos se carece de una buena catalogación, es imposible estimar objetivamente la cuantía que se puede atribuir a esta pérdida. Algunos de los materiales substraídos eran *...volúmenes valiosos entre los cuales se habían contado seguramente incunables misioneros, ediciones antiguas preciosas, manuscritos...*¹⁹³

Lo que no fue robado a tiempo se perdió en los incendios que por todas partes surgieron tras el ataque aliado. Junto a la casi completa destrucción de la pequeña comarca cordillerana, las fuerzas dirigidas por el Conde d'Eu (1842-1922) llevaron adelante otras acciones cuya explicación desde el punto de vista estrictamente militar es difícil de encontrar, como el incendio deliberado del hospital de campaña de Piribebuy, en el que perecieron incinerados entre trescientos¹⁹⁴ a seiscientos¹⁹⁵ soldados paraguayos heridos, sin que ninguno de ellos haya tenido la menor oportunidad de escapar.

Desde luego, los efectos adversos producidos en el aspecto humanitario no estuvieron ausentes. Muchos niños menores a diez años fueron remitidos como esclavos a las naciones vencedoras luego de la entrada de los soldados extranjeros a Asunción y la mayoría de ellos nunca pudo retornar a su patria.¹⁹⁶ La sanidad militar durante la guerra se vio sometida a los dictados de la improvisación por el inicio muy acelerado de las hostilidades. Unos pocos médicos extranjeros que ya se hallaban trabajando en el país y otros contratados con posterioridad, además de algunos farmacéuticos y enfermeras completaban todo el cuadro de recursos humanos disponible.¹⁹⁷ Se produjeron repetidas epidemias de viruela, sarampión, paludismo, diarrea, disentería, tifo y cólera que acrearon graves perjuicios y mortandad entre la población y los combatientes paraguayos.¹⁹⁸ Aún cuando la nación había quedado arrasada, destruida y reducida a escombros, debió soportar la ocupación militar brasileña por cuatro años más, cuando de hecho ya no quedaba la menor posibilidad de una resistencia organizada entre los habitantes.¹⁹⁹ De lo que un día fue un país sólo quedó su sombra. Como lo ha expresado el jurista Teodosio González:

El sacrificio del Paraguay y de su jefe se consumó después de un largo calvario de cinco años. Al otro día de Cerro Corá, solo quedaron en el país, ruinas y tumbas humeantes, cuyos rastros, como una larga faja, atravesaba toda la extensión de la República, desde Itaipirú hasta el Aquidabán. No era, como dice O'Leary, un país vencido: era un país aniquilado, pasado a cuchillo, sin población, sin recursos, sin nada. La situación del Paraguay era como triste y desamparada, única en la Historia.²⁰⁰

Pese a la extendida y profunda devastación, el reinicio de las actividades productivas y comerciales se verificó con relativa rapidez, aunque la recuperación fue en extremo difícil.²⁰¹ El proceso avanzó bajo la guía de la nueva constitución del 25 de noviembre de 1870, que a la luz de su inspiración liberal favoreció la actividad privada y redujo al mínimo la intervención del estado en los asuntos económicos. Solo un año antes, el 15 de agosto de 1869, había tomado posesión un gobierno provisorio o *Triunvirato* en Asunción que se hallaba integrado por Cirilo Antonio Rivarola (1836-1878), Carlos Loizaga y José Díaz de Bedoya y formado a instancias de la Legión Paraguaya que hasta la caída de Asunción tuvo su base de operaciones políticas en Buenos Aires.²⁰² El nombramiento de la nueva autoridad se produjo bajo la celosa y estricta tutela de las potencias vencedoras. En tales circunstancias se comprende que el margen de maniobra del que disponía este gobierno era en verdad muy estrecho, debido a la completa subordinación que le sujetaba a los dictados de las fuerzas de ocupación. El protocolo firmado el 2 de junio de 1869 estipulaba muy claramente en su artículo segundo que las actuaciones públicas de la nueva entidad debían producirse en una perfecta inteligencia con los gobiernos aliados.²⁰³ Esto significaba, palabras más palabras menos, que los intereses de las potencias aliadas eran los que en verdad habrían de sobresalir en las decisiones que tomara este cuerpo colegiado.

Las actitudes de los paraguayos respecto a los *legionarios* no han sido siempre receptivas. Incluso antes de comenzar la guerra, estos ciudadanos eran vistos con desconfianza, habida cuenta la gran afinidad que los unía al gobierno argentino. Tales reservas se hallaban bien justificadas en muchos casos. Algunos exiliados como Fernando Iturburu y Carlos Loizaga, en los escritos que dieron a conocer en la prensa bonaerense, solicitaban a Rosas que iniciara la conquista militar de su país para poner término al régimen del cual se juraban adversarios.²⁰⁴ El carácter *legionario* del nuevo gobierno se refleja con claridad en la solicitud que realizó al Brasil para la entrega de los paraguayos sobrevivientes del ejército de López que habían sido capturados en Cerro Corá. Estos llegaron a Asunción a finales de marzo de 1870. Pero incluso el Imperio no pudo consentir el propósito declarado del *Triunvirato* de someterlos a juicio y luego proceder a su fusilamiento. La mayoría de los cautivos fueron llevados al país vecino a pedido del gobierno provisorio, negándoseles así el derecho a vivir en la patria que con tanto valor defendieron y por la que todo perdieron.²⁰⁵

La nueva entidad política tampoco recibió el apoyo de todas las potencias mundiales. Francia e Italia continuaron reconociendo a López como el gobernante paraguayo, así como los Estados Unidos,²⁰⁶ cuyo último embajador durante la guerra, el General Martín Thomas McMahon (1838-1906), presentó sus cartas credenciales a Solano López el 14 de diciembre de 1868, nada menos que en el frente de batalla de Pikysry.²⁰⁷ Entre las acciones positivas que pueden rescatarse de este gobierno provisional figura, la abolición total de la esclavitud el 2 de octubre de 1869, lo cual también se realizó a pedido del Brasil.²⁰⁸ En el Paraguay fueron beneficiadas 450 personas con la aplicación de esta medida, cifra que contrasta agudamente con los 2.000.000 de individuos que el Imperio todavía mantenía sometidos a la práctica esclavista en ese preciso momento.²⁰⁹

El conflicto que arrastró a las cuatro naciones puede ser analizado desde varias aristas, pero en todos los casos debe reconocerse que guardaba raíces históricas muy hondas. Como antes fue

dicho, ya desde la época de la colonia los *mamelucos* y los mismos brasileños algunos decenios más tarde realizaron frecuentes incursiones en tierra paraguaya que lograron ser mantenidas a raya por los gobiernos coloniales y luego por el Doctor Francia y Carlos Antonio López. No obstante, constituían un germen permanente de conflictos y un motivo fundado para el aumento de la desconfianza hacia los vecinos del este. El Brasil también pregonaba derechos sobre el territorio comprendido entre los ríos Apa y Blanco, que a la sazón abarca una región de treinta leguas de norte a sur y cincuenta de este a oeste.²¹⁰

Debe recordarse que una legua equivale a 5,5727 kilómetros.²¹¹ Sumado a esto, comenzaba a manifestarse un recelo creciente en los círculos políticos del Imperio sobre los continuos progresos materiales que se apreciaban en el Paraguay y que lo convertían en una amenaza, o cuando menos en un rival muy considerable, para la búsqueda de preponderancia política en los asuntos del cono sur que siempre fue uno de los objetivos estratégicos del Brasil,²¹² incluso hasta nuestros días. La antigua pretensión de los portugueses -y después heredada por los brasileños- de extender sus fronteras incluso hasta los confines del Río de la Plata²¹³ también jugó su parte en el ajedrez político de la guerra.

Con relación a la Argentina se deben mencionar, a más de la cerrada negativa de las autoridades de Buenos Aires al reconocimiento de la independencia paraguaya, las pretensiones que igualmente albergaron sobre otras partes del territorio nacional, como el área del Chaco y de Misiones. En el caso de la Banda Oriental los motivos eran enteramente diferentes. Fue el triunfo político del general Venancio Flores (1808-1868) sobre el gobierno del presidente Bernardo Prudencio Berro (1803-1868) a través de una sangrienta guerra civil apoyada por una invasión brasileña lo que determinó el ingreso uruguayo a la guerra. Berro, uno de los dirigentes históricos más destacados del *Partido Blanco*, fue electo presidente el 1º de marzo de 1860. Entre otras medidas dictó una amnistía a favor de los militares del *Partido Colorado* que en aquel momento se hallaban en presidio, y entre los que se contaban Flores y varios seguidores de este. La medida los reincorporó al cuadro activo de las fuerzas armadas. Pero Flores, un ex-presidente derrotado por Berro en elecciones, no aceptó servir bajo su mando y se trasladó a Buenos Aires, donde decidió incorporarse al ejército de ese país y sirvió bajo las órdenes del General Bartolomé Mitre (1821-1906).²¹⁴ Con el apoyo político y logístico que más tarde le brindó la Argentina -que siempre lo negó oficialmente, manteniendo en los hechos, si bien no en la práctica, una pretendida «neutralidad»,- comenzó a planear la vuelta de su facción política al poder en su patria.

Acompañado de cuatro hombres, Flores cruzó sigilosamente el río Uruguay desde la costa argentina amparado en las sombras de la noche el 19 de abril de 1863. Desembarcó en el sitio denominado *Rincón de las Gallinas*. El propósito de la maniobra nocturna era forzar la vuelta de los *colorados* al poder en la Banda Oriental y así desplazar del gobierno a los *blancos*. La permanente ingerencia argentina al interior de los partidos políticos uruguayos a más del estratégico apoyo que le brindó el General Mitre hizo que Flores, firme aliado político de Buenos Aires, terminara arrastrado en la confrontación porteña con el Paraguay a raíz de una serie muy compleja de alianzas, lealtades y acontecimientos que se fueron tejiendo durante los años previos.²¹⁵ No mucho tiempo después, Flores sería el encargado de comandar las fuerzas aliadas que protagonizaron la sangrienta batalla de *Yataí* contra las tropas del mayor paraguayo Pedro Duarte, en la fría mañana del 17 de agosto de 1865.²¹⁶

Los efectos de la guerra para el Uruguay fueron paradójicos, pues muy poco tuvieron que ver con sus verdaderos intereses nacionales. Sin embargo, el inicio de la acción armada de Flores fue la chispa que habría de inflamar el aire hasta llegar a la guerra que consumió fatalmente al Paraguay.²¹⁷ Estas fueron las circunstancias que aliaron a las tres naciones contra un solo país. Para el fino juicio crítico de Juan Bautista Alberdi (1810-1884), uno de los defensores más distinguidos de la posición paraguaya y desde luego el más importante entre los argentinos,²¹⁸ López estuvo justificado al tomar partido en la confrontación de Flores contra Berro, ya que un eventual triunfo de la revolución liderada por el primero de los nombrados -como de hecho ocurrió- hubiera puesto al Uruguay en una virtual sumisión política respecto al Brasil. La independencia del Paraguay, que con tanta pasión habían defendido el Doctor Francia y los López, tendría entonces sus días contados.²¹⁹

En virtud de las cláusulas contenidas en el tratado secreto que los estados beligerantes contra el Paraguay firmaron el 1º de mayo de 1865 en Buenos Aires²²⁰ debía respetarse la integridad del territorio invadido así como la soberanía e independencia paraguayas (estipulado en los artículos VIII y IX), aunque en el XVI se acordaba de hecho un desmembramiento casi total de la geografía del país.²²¹ Afortunadamente, esta última condición solo se cumplió a medias. Pero el texto y el espíritu del tratado desnudan claramente que se trató de una guerra de conquista desde el principio, con el propósito inocultable de anexionar territorio a los países invasores en base a la apropiación por la fuerza. La ilegalidad de este documento y de los tratados de límites firmados con la dócil complacencia de los gobiernos provisorios impuestos a la medida por las potencias vencedoras, y aún con la presencia física de sus ejércitos varios años luego de culminada la guerra, continúan siendo objeto para la denuncia, el análisis y el debate.²²² El Paraguay sobrevivió como entidad nacional autónoma aunque debió ceder 94.090 kilómetros o 36.000 millas cuadradas de su territorio a la Argentina y otros 62.325 kilómetros o 20.000 millas cuadradas quedaron bajo la soberanía del Brasil. La pérdida total de territorio fue de 156.415 kilómetros cuadrados.²²³ El tratado fue revelado por Inglaterra a la opinión pública internacional en los comienzos de 1866. El Ministro de Relaciones Exteriores del Estado Oriental, Carlos de Castro, fue quien cometió la *indiscreción* -como Beverina²²⁴ la calificó muy conservadoramente- cuando informó del pacto al embajador británico en Montevideo. Este lo transmitió de inmediato a su cancillería, quien la puso a disposición de los integrantes del parlamento británico. De esta forma terminaba indeseadamente el secretismo. La publicación del texto generó de inmediato la repulsa de las conciencias libres del mundo que hicieron sentir su solidaridad con el Paraguay, pero aportaron escasa ayuda material efectiva, que es lo que más se precisaba en ese momento.²²⁵

El Perú, a través de su canciller Toribio Pacheco (1828-1868) y en nombre de sus aliados Bolivia, Chile y Ecuador, protestó enérgicamente el 9 de julio de 1866 contra la vigencia del infame documento. El ministro colombiano José María Rojas Garrido (1824-1883) hizo lo propio el 2 de septiembre en representación de su patria.²²⁶ Se conoce una nota atribuida al presidente boliviano Mariano Melgarejo (1818-1871) y fechada en La Paz el 30 de agosto de 1866 en la que este habría ofrecido la alianza militar de su país y el envío de una columna de doce mil hombres en apoyo del Paraguay. La oferta fue remitida al Mariscal López por intermedio de un emisario personal de Melgarejo, el ciudadano argentino Juan Padilla.

Algunos investigadores como Cardozo²²⁷ mencionan este ofrecimiento boliviano dándolo como

un hecho cierto. Pero el conducto elegido para la entrega de la nota, la suerte adversa que le tocó vivir al mensajero y algunas inconsistencias notables con las fechas de otros acontecimientos relacionados a los que también hace alusión el escrito han colocado serias sospechas respecto a su probable autenticidad.²²⁸ Antes de conocerse públicamente el texto del tratado, los gobiernos de Chile, Bolivia, Ecuador y Perú intentaron una mediación conjunta a iniciativa de la cancillería de Santiago, que no tuvo resultados debido a la intransigencia de los aliados. El Perú reiteró sus buenos oficios en junio de ese año a través de su representante diplomático en Montevideo y dirigiéndose a las tres naciones coligadas, no recibiendo siquiera una respuesta de cortesía por parte de los gobernantes de Argentina y Brasil.²²⁹ Como corolario de sus resoluciones, el convenio secreto disponía el pago de una enorme deuda de guerra por parte del Paraguay, ... *superior a la que Alemania impuso a Francia después de la guerra de 1870.*²³⁰

El costo financiero fue inmenso. Los cinco largos años que tomaron las acciones no solo sumieron al país en la más absoluta miseria, sino que también colocaron en serios aprietos al Imperio por los ingentes gastos que le exigió mantener una operación bélica de gran escala que en su totalidad se desarrolló en suelo extranjero.²³¹ En efecto, tanto el Brasil como la Argentina, y en menor medida el Uruguay, incurrieron en un endeudamiento gigantesco con los bancos ingleses, que fueron los sostenedores crediticios principales para las campañas militares que estos países llevaron a cabo contra el Paraguay.²³² La Guerra Grande se pagó con moneda británica. Hacia 1869 el conflicto se prolongaba, el nerviosismo de los acreedores aumentaba y la disponibilidad de recursos disminuía consistentemente.

El importante banco Mauá, el más grande del Brasil y en toda la América del Sur, sucumbía en una estrepitosa quiebra. La opinión pública en Río de Janeiro, Buenos Aires y Montevideo comenzaba a mostrarse contraria a la continuación de las hostilidades y en una proporción importante, favorables al Paraguay. Más diarios en la capital argentina sumaban sus voces críticas y denunciaban el tratado secreto, lo que incluso derivó en la clausura de algunos de ellos como *La América*, al que se aplicó la drástica determinación el 27 de julio de 1866 por sus vehementes críticas al Brasil y a la guerra contra el Paraguay.²³³ Distinguidos intelectuales argentinos como el escritor y publicista Carlos Guido y Spano (1827-1918) condenaban en términos muy duros al gobierno porteño y otorgaban su respaldo abierto a la causa paraguaya.²³⁴ Pero el poeta debió pagar su solidaridad con el escarnio de la prisión. El y otros colegas que hacían tribuna en el combativo diario bonaerense fueron reducidos a encierro en un barco fondeado a mitad del río que les sirvió de cárcel.²³⁵

Finalizado el período de Mitre asumía el liderazgo político del vecino país Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). Este último declaró que *la victoria no da derechos*, en alusión a las pretensiones del tratado por desmembrar en partes al territorio paraguayo, aunque no siempre actuó en consecuencia. En el Brasil la presión de la opinión pública por finalizar la guerra se hacía prácticamente insostenible.²³⁶ Pero aunque la contienda bélica pudiera haber representado dificultades muy serias para los aliados, especialmente en su política interna, no se comparan ni se lejos en sus efectos al terrible panorama en que hundió al Paraguay en su totalidad. Como apunta Frank Mora:

La producción agrícola del arrasado país había cesado de hecho en 1869 y la alguna vez próspera industria ganadera llegó a desaparecer. Además, estaban destruidos los cimientos de la incipiente

industria, ya que los ejércitos aliados inutilizaron por completo la fundición de Ybycuí, el astillero y el arsenal de Asunción y la línea telegráfica a Humaitá. El Paraguay y sus habitantes iban a soportar en adelante lo que había infestado a toda la América Latina desde el inicio de su era independiente: la inestabilidad y la pobreza.²³⁷

Puede sostenerse que la tragedia concluyó formalmente el 1° de marzo de 1870 en los distantes campos de Cerro Corá, con la muerte del Mariscal a manos de un oscuro soldado brasileño. Pero a la luz de la ruina absoluta que sufrió el Paraguay y del modo irreversible como quedó hipotecado su futuro, es difícil que pueda hablarse de algún aspecto positivo para la patria en toda aquella lucha tan desigual, que se hizo en nombre de la restauración de la civilización y *para liberar al Paraguay del tirano López* al decir del eufemismo ideológico de los vencedores. Excepto quizás el haber generado una legión enorme de héroes públicos y anónimos, venerados o desconocidos, cuyo enorme sacrificio y sufrimiento aún nos sobrecoge a ciento cuarenta y un años del trágico desenlace. El extremo esfuerzo que toda la contienda demandó de sus protagonistas sirvió para lavar con creces las culpas y los errores cometidos. Mucha razón tuvo el maestro Manuel Riquelme (1885-1961) cuando, al reflexionar sobre la figura del Mariscal López y el infausto destino que la historia le había reservado, dilucidaba que existen *victorias que infaman y derrotas que glorifican*.²³⁸ La caída del Paraguay, indudablemente, es de las que sirven como inspiración al surgimiento de mitos imperecederos y para la sabia didáctica que encierran las grandes lecciones que dan el dolor y la muerte.

El renacer de la educación y la cultura

Es fácil comprender que en el ambiente posterior a la contienda no resultara sencillo generar las condiciones idóneas para impulsar el desarrollo cultural y científico de la nación, y menos ponerla a la par de los demás estados americanos que no habían sufrido los embates terribles de la guerra. Los *ciclos adversos* en la historia paraguaya de los que habla Jara Goiris²³⁹ condujeron una y otra vez a postergaciones fundamentales en todos los campos relacionados con la actividad intelectual. El renacimiento de la educación y la cultura tuvieron que darse bajo estas penosas circunstancias. Para la educación primaria habían pocos maestros capaces y escasos libros, los caminos eran malos o inexistentes y hacían muy difícil el traslado de los materiales necesarios para su uso en las escuelas, mientras los padres se mostraban indiferentes para enviar a sus niños a estos establecimientos.²⁴⁰ El gobierno provisorio que se instaló en Asunción el 15 de agosto de 1869 bajo la cercana tutela de las tropas de ocupación y cuando aún no habían cesado las hostilidades -López y los restos de su ejército aún se debatían en las cercanías de Cerro Corá-, dispuso como una de sus primeras medidas la creación de un instituto de enseñanza profesional para ayudar a los huérfanos de la guerra, por decreto del 15 de diciembre de 1869.²⁴¹ Al mismo tiempo, la constitución jurada en 1870 dispuso la obligatoriedad de la educación primaria.²⁴² Se habilitó entonces una escuela de niñas a cargo de Asunción Escalada y quedaron abiertos otros institutos de primeras letras que tuvieron su funcionamiento en las principales ciudades del país.

La Biblioteca Nacional comenzó su reorganización. Esta se formó sobre la base de la antigua Biblioteca Municipal de Asunción. En 1909 aumentó considerablemente sus ejemplares con una donación que realizó el humanista paraguayo Juan Silvano Godoi,²⁴³ quien había dejado el país en 1860 y desarrolló la totalidad de su educación en la Argentina. Volvió con su madre y

hermanos al terminar la guerra. La colección de libros que Godoi había formado rondaba los veinte mil volúmenes.²⁴⁴ El 17 de enero de 1875 se fundó un Museo Nacional anexo a la biblioteca. A partir de 1874 de nuevo comenzó a cobrar fuerza el teatro.²⁴⁵ De esta época datan los primeros intentos por establecer una prensa de carácter independiente, siendo *La Regeneración* el primer periódico autónomo que tuvo vigencia en las calles, al cual pronto siguieron otros.

De vida efímera, el diario comenzó sus apariciones en 1869 y estuvo dirigido por Juan José Decoud.²⁴⁶ En este contexto de renacimiento de las ideas emergieron los dos partidos políticos más tradicionales del país. Tras varias organizaciones transitorias que desplegaron su actividad al menos desde 1870,²⁴⁷ el 2 de julio de 1887 quedó establecido el *Centro Democrático*, que con los años evolucionó hasta convertirse en el actual *Partido Liberal Radical Auténtico*. Antonio Taboada fue su primer presidente. Uno de los más importantes referentes doctrinarios en los orígenes del liberalismo, Cecilio Báez, fue también quien primero escribió en el Paraguay sobre asuntos relacionados a la psicología social.²⁴⁸ El 25 de agosto del mismo año se fundó la *Asociación Nacional Republicana Partido Colorado*, que estuvo presidida por el General Bernardino Caballero (1839-1912), un antiguo combatiente de la Guerra Grande.²⁴⁹ Con sucesivas alternancias, estos dos partidos han dominado la escena política paraguaya desde sus comienzos hasta nuestros días.

En las tres últimas décadas del siglo XIX y en los inicios del XX se verificaron avances importantes que ayudaron a modificar el anterior cuadro negativo y cuyo eje principal fue la educación. Por ejemplo en 1872 fue creado el Consejo de Instrucción Pública, que cumplió un liderazgo fundamental para la reconstrucción de la educación nacional, por completo desarticulada durante la guerra. Las arcas del erario público se hallaban en virtual bancarrota y por eso fue transferido a las municipalidades el sostenimiento de las primeras escuelas estatales. El 1º de abril de 1870 comenzó el llamado a los padres para la inscripción de sus hijos en el nuevo Colegio Municipal, cuya dirección recayó en Alejandro Victenghoff. Un par de años más tarde se estableció un Colegio Nacional que en 1877 tuvo que ser clausurado en coincidencia con el fallecimiento de su último director, Facundo Machaín.²⁵⁰ Otros dos años habrían de transcurrir antes de habilitarse una institución similar donde pudieran estudiar las niñas.²⁵¹

Las iniciativas privadas en el sector educativo no tardaron en surgir. En el campo teológico fue importante la reactivación del Seminario Conciliar, heredero de los antiguos centros de estudio religiosos que tuvieron vigencia durante la colonia. Estos comenzaron con el que fundó entre 1584 y 1585 el Obispo Alonso de Guerra, el quinto que fuera nombrado en esa función para el Río de la Plata.²⁵² Como se mencionó antes, el *Seminario Conciliar de San Carlos* fue instaurado en 1859 durante el gobierno de don Carlos Antonio López y el episcopado de Monseñor Juan Gregorio Urbietta. Pero como tantas otras cosas también fue una víctima pasiva de la guerra y su clausura se produjo hacia 1867²⁵³ en pleno desarrollo del conflicto. Cuando la paz se hubo restablecido, el Congreso permitió la reapertura por una ley del 23 de noviembre de 1878, aunque su reactivación efectiva recién se produjo el 4 de abril de 1880.²⁵⁴ La dirección correspondió a la congregación de los Padres Lazaristas. El 12 de julio de 1882 se sancionó la ley que daba origen a la Escuela de Derecho²⁵⁵ que comenzó sus clases en 1883.

La institución absorbió como alumnado a los primeros egresados que tuvo el Colegio Nacional. Tenía una estructura curricular que abarcaba seis años de estudios. Su cuerpo docente estaba integrado por el español doctor Ramón Zubizarreta que residía en el país desde 1871, además de los paraguayos Alejandro Audibert y César Gondra, ambos formados intelectualmente en centros del extranjero.²⁵⁶ Allí estudiaron los primeros doctorados en Derecho y Ciencias Sociales.²⁵⁷ La escuela tuvo un funcionamiento muy intermitente con sucesivos cierres por falta de alumnos así como subsecuentes reaperturas. Pero su importancia radica en que fue la base para la Facultad de Derecho que comenzó a funcionar una década más tarde. El primer rector de la primigenia Escuela fue Benjamin Aceval.

La reorganización institucional de la educación gravitó de manera crítica para una elevación del nivel cultural de la nación y la modernización de su estructura. Fue sancionada la Ley de Educación Común en 1887, en cuya concepción tuvo participación el educador argentino Domingo Faustino Sarmiento,²⁵⁸ quien residió en el Paraguay durante su último año de vida. Como parte de este afán reorganizador fueron creados el Consejo Superior de Educación y la Superintendencia de Instrucción Pública, que en 1900 se transformó en la Dirección General de Escuelas.²⁵⁹ Pero un acontecimiento de máxima importancia fue el establecimiento de la Universidad Nacional de Asunción. Tras reiterados intentos de los asuncenos por contar con un centro de esta jerarquía que se remontaban a un par de siglos atrás por lo menos, la ley respectiva se aprobó el 24 de septiembre de 1889 a iniciativa del senador José Segundo Decoud (1848-1909). La nueva casa de estudios comenzó sus actividades el 31 de marzo de 1890 con las facultades de Derecho y Ciencias Sociales, Medicina y Matemáticas. Durante la primera década, solo la primera de las tres tuvo un funcionamiento regular. El primer rector fue el ya mencionado Ramón Zubizarreta.

En la misma ley que organizó la universidad se refundaba el Colegio Nacional, que pasó a depender orgánicamente de esta. Además se abrieron otros similares en las ciudades de Concepción, Encarnación y Villarrica. La organización de las escuelas normales también data de estos años. En 1890 las hermanas Adela y Celsa Speratti, dos egresadas que hicieron buena cosecha de sus estudios en la Escuela Normal de Concepción del Uruguay tuvieron a su cargo la apertura de la Escuela Graduada de Preceptoras que en 1897 se convirtió en Escuela Normal de Maestras, con Adela Speratti como directora. Un año antes, en 1896, había quedado instituida la Escuela Normal de Maestros. El primer director fue Francisco Tapia, pedagogo argentino a quien se considera el primer exponente del positivismo en su vertiente educacional en el Paraguay.²⁶⁰ Publicó un par de artículos teóricos²⁶¹ en los que cruzó variables psicológicas, educativas y evolutivas en el sentido lamarckiano del concepto, un enfoque que aún tenía aceptación hacia finales del siglo XIX.²⁶² En virtud de estos escritos Tapia es conceptualizado uno de los antecesores más singulares en el acercamiento entre psicología y educación en el Paraguay.²⁶³

En el plano de la producción cultural la década de 1880 traía aparejado el desarrollo de las primeras entidades abocadas plenamente a la actividad intelectual y a la creación artística. El *Ateneo Paraguayo* fue establecido en julio de 1883²⁶⁴ y subsistió hasta 1889, aunque refundado varias veces desde entonces. Promovió veladas agradables en las que se enfocaban temas históricos, literarios y científicos. En el decenio siguiente tuvo su origen el *Instituto Paraguayo*, que abrió sus puertas en 1895. Se dedicó principalmente al cultivo de las artes y la promoción

de la investigación histórica y etnológica. El *Instituto* tuvo el potencial de atraer a una gran variedad de audiencias, ya que en él encontraban espacio los estudiosos y amantes de la música, los idiomas, la pintura, la literatura, el esgrima y la gimnasia. Para cada una de ellas se contaba con la sección respectiva. De acuerdo a Centurión²⁶⁵ la biblioteca albergó una cantidad superior a los mil doscientos volúmenes, una colección muy respetable para la época.

Con estas actividades también tuvo su comienzo la *Revista del Instituto Paraguayo*, una publicación de aparición muy continuada que puede estimarse la más influyente en su género entre las que vieron la luz en la década de 1890 y, probablemente, el logro más relevante nacido de este centro. En alusión a la calidad que alcanzó, Cardozo²⁶⁶ opina que nunca pudo ser superada entre las revistas nacionales. Sus sesenta y cuatro números fueron puestos en circulación entre 1896 y 1909.²⁶⁷ En esta revista aparecieron varios de los primeros escritos de contenido psicológico que se conocieron entre los lectores paraguayos,²⁶⁸ muchos de ellos de verdadero carácter pionero en la evolución de la disciplina. El *Instituto* dejó de existir en 1933.²⁶⁹ Una entidad de características similares fue el *Gimnasio Paraguayo*, cuya fundación data de 1913. También publicó un foro cultural que logró buena calidad de contenido y se denominó *Anales del Gimnasio Paraguayo*.

Otras revistas salieron del medio cultural asunceno en las décadas siguientes, algunas de muy breve existencia. Entre las principales se cuentan la *Revista Paraguaya*, la *Revista del Ateneo Paraguayo*, *El Paraguay Literario* y la *Revista Histórica*. La *Revista del Paraguay*, que se publicó en Buenos Aires a partir de 1891 fue, a criterio de Cardozo,²⁷⁰ la más importante entre todas, o al menos de las concebidas con anterioridad a 1895. Publicaciones más académicas como los *Anales de la Universidad Nacional* comenzaron a conocerse desde los inicios del siglo XX. Esta última entregó artículos de gran interés para la incipiente psicología preuniversitaria nacional, en especial uno que escribió Eusebio Ayala (1875-1942), un hombre más reputado por su labor de gobernante y que dirigió el país durante los difíciles años de la Guerra del Chaco con Bolivia (1932-1935). Lejos de la incierta turbulencia de su vocación política, Ayala demostró un decidido interés hacia la teoría psicológica en los años juveniles. Preparó para los *Anales* un escrito donde exploraba la relación entre el pensamiento, la ideación y la perceptividad.²⁷¹ La importancia de esta contribución para la psicología nacional ha sido destacada en un trabajo reciente.²⁷² También en los comienzos del siglo cobró importancia la *Revista de Instrucción Primaria*, que aunque estuvo vinculada con el sector educativo en primer término, contenía investigaciones que en muchos casos se movían en los bordes de la psicología. En las primeras décadas del nuevo siglo vio la luz *Letras*, una revista identificada con un amplio espectro temático dentro de la literatura, la historia y las humanidades. Los contenidos específicos de esta publicación que guardan importancia para la psicología son revisados por García.²⁷³

La guerra y su impacto sobre la psicología

Los acontecimientos que marcaron la historia paraguaya luego del gobierno del Doctor Francia llevaron a que, en la segunda mitad de la década de 1860, se desatara la gigantesca tormenta que terminó consumiendo a fuego y sangre lo que había sido el Paraguay hasta el primer quinquenio y condujeron al exterminio de su población y a la destrucción de la casi totalidad de sus recursos, tanto humanos como naturales y materiales. El decenio siguiente de 1870 fue escenario para la ocupación extranjera, la implantación de la nueva constitución de pretensiones

libertarias que habría de regir los destinos del país, los gobiernos que se definieron como filosóficamente liberales y declaradamente opuestos al *estatismo* propugnado por los López, el inicio de la reconstrucción económica y el ingreso del capital extranjero, así como de la reorganización educativa. También fue la década que inició la turbulencia política y los continuos cuartelazos que sucedieron a la prolongada estabilidad en el orden interno, que para bien o para mal, fueron herencia del centralismo lopizta.

El decenio de 1870 también presencié el surgimiento de la psicología en el contexto específico que promovió la filosofía europea dentro de la cual tuvo su origen. En distintos países y con sustentos doctrinarios diversos, los emprendimientos teóricos o empíricos que convergieron hacia el nacimiento de la nueva ciencia habrían de fortalecer las iniciativas de investigación, tanto en las naciones europeas como en los Estados Unidos. Son los años de incubación intelectual que para muchas inteligencias lúcidas de aquél tiempo significaron la traducción del estudio de la mente y la conciencia desde los cimientos de su raigambre filosófica tradicional y la práctica del oficio especulativo al horizonte conceptual que provee una ciencia empírica. En verdad, tales desarrollos no guardaban entre sí gran semejanza ni congruencia, salvo por el hecho de proyectarse -en forma real o potencial- hacia el ideal de consolidación de una nueva disciplina, más allá de que existiera una conciencia unificada de propósito para todos ellos.

En 1871 Wilhelm Wundt (1832-1920), el principal mentor para la psicología experimental que estaba próxima a surgir, había abandonado su breve incursión en las luchas sociales para regresar a la enseñanza en la Universidad de Heidelberg y luego a la de Zurich como profesor de Filosofía. Recaló finalmente en la Universidad de Leipzig, donde en 1876 fue autorizado a ocupar un pequeño salón donde almacenó equipo traído de Zurich, embrión del laboratorio surgido tres años después²⁷⁴ y que todos reconocen como el inicio de la psicología científica. Por la misma época, Sigmund Freud (1856-1939), elaboraba lentamente su compleja teoría que habría de cristalizar muy pronto en la creación del psicoanálisis. William James (1842-1910), comenzaba la publicación de los primeros artículos en la revista *Mind* que al cabo de doce años terminarían siendo agrupados en los dos masivos volúmenes que formaron los *Principles of Psychology* en 1890. En esos tiempos Iván Pavlov (1849-1936), aún investigaba los procesos digestivos de los perros que le conducirían al descubrimiento accidental de los reflejos condicionados y Sir Francis Galton (1882-1911), en Inglaterra, desarrollaba las mediciones diversas en su laboratorio antropométrico de forma a coleccionar datos en respaldo a sus ideas sobre el *genio hereditario*. En sus diversos frentes y tradiciones, la psicología iba camino a su origen multi conceptual y multi teórico, así como a la progresiva autonomización de la disciplina respecto a la filosofía y la biología que le dieron sustento y que actuaron como sus verdaderos sedimentos intelectuales.

En verdad, la respuesta más sencilla y directa a la pregunta de si la Guerra contra la Triple Alianza pudo haber actuado como un factor retardario en el surgimiento de la psicología paraguaya es obviamente que sí, pues habiendo quedado el país por completo deshecho en todos los órdenes, pocos podrían haber tenido la inspiración, el deseo, la capacidad o la infraestructura necesarias para iniciar alguna clase de investigación científica en aquél momento que pudiera penetrar en los contenidos teóricos de la psicología. Pero tal respuesta, muy obvia y definitiva en apariencia, no puede eludir algunas precisiones fundamentales. En efecto, no es que faltaran inteligencias agudas en el país, pero ellas estaban por completo volcadas a las tareas de la

reconstrucción nacional y comprometidas con la creación de los soportes doctrinarios e institucionales que resultaban urgentes para devolver a la patria la viabilidad como país que alguna vez tuvo.

Una parte muy importante de la intelectualidad en la etapa de posguerra y de la dirigencia política y social emergentes se hallaba integrada por paraguayos que retornaron de un exilio en las naciones vecinas, principalmente la Argentina. Loizaga, Iturburu, Decoud, Peña, Egusquiza, Machain y Recalde se convirtieron en apellidos muy ligados a estos militantes de la cruzada antilopizta.²⁷⁵ Algunos de los expatriados ya habían cruzado la frontera y dejado el país en el tiempo de Don Carlos Antonio López, otros -la mayoría- se marcharon al inicio del gobierno de López hijo como hemos visto antes y al resto los expulsó la inaudita violencia de la guerra. Varios entre ellos lograron conquistar una buena posición social y económica en el vecino país y unos cuantos pudieron gozar de una educación superior obtenida en sus universidades o institutos terciarios.

Entre las familias paraguayas con miembros célebres por haber engrosado las listas de emigrados figuran los Decoud. Mucho antes de iniciarse la guerra, ellos ya habían sufrido el sacrificio de dos de sus miembros, los hermanos Gregorio y Teodoro Decoud. Asesinados durante el gobierno de don Carlos, Decoud²⁷⁶ califica estas muertes como producto de una causa pasional que los aludidos habían mantenido con el futuro mariscal. La familia produjo varios ciudadanos importantes que brillaron por su contribución a la sociedad paraguaya en diversos órdenes. De ellos, sin embargo, José Segundo Decoud es quizá el ejemplo mejor conocido. Tras cursar algunos estudios en la Argentina volvió al país en 1869 a la edad de veintiún años para reencontrarse con su madre que había sufrido las penurias de un lustro de guerra deambulando cual espectro errante por los caminos de la patria.

El joven Decoud participó en la instalación del *Club del Pueblo*, la primera organización política paraguaya nacida en la posguerra, para luego ocupar la Secretaría Interina y más tarde la cartera del Ministerio del Interior, Instrucción Pública y Culto durante el Gobierno Provisorio. Le cupo la responsabilidad de presidir la Asamblea que redactó la constitución de 1870 a la inverosímil edad de veintidós años.²⁷⁷ Igualmente representó al país en el Primer Congreso Panamericano realizado en Washington en 1889. El Congreso Nacional también recibió sus aportes para la elaboración del nuevo marco jurídico del país. Todo lo cual permite ver que fue un ser humano de condiciones por completo fuera de lo común. José Segundo tuvo varios hermanos. Algunos no sobrevivieron a la guerra, como Constancia y Eduardo. También se contaban Juan José, Adolfo, Concepción y Diógenes. Este último, nueve años menor que José Segundo, tuvo una importancia destacada aunque poco conocida en la evolución de la psicología paraguaya.

Diógenes Decoud (1857-1920) tenía solo doce años cuando le tocó vivir la experiencia del reencuentro con su madre y su hermano mayor en Asunción, tras la forzosa separación que la contienda bélica impuso a toda la familia. A diferencia de José Segundo, no escogió el camino de la política como el norte para su vida, sino el de la profesión médica. Había nacido en Asunción al igual que sus hermanos y aquí hizo sus primeras armas en la instrucción escolar. Luego, y tras un breve paso por el Uruguay, terminó abrazando la carrera de medicina en la ciudad de Buenos Aires, donde permaneció hasta su fallecimiento²⁷⁸ ya bien entrado el siglo

XX. Obtuvo su grado de doctor en medicina en 1891,²⁷⁹ a los treinta y cuatro años.

Tuvo grandes maestros, entre ellos Ignacio Pirovano (1844-1895), considerado el padre de la cirugía argentina.²⁸⁰ Su carrera resultó sobresaliente en varios sentidos. Fue quien primero ocupó la cátedra de cirugía en el Hospital San Roque de Buenos Aires.²⁸¹ Lo nombraron cirujano del ejército y tiempo después profesor de Cirugía en Guerra.²⁸² Sin embargo, su horizonte no se agotó en los oficios de la profesión aplicada pues incursionó en el ámbito de la academia, donde impulsó una exitosa carrera como docente universitario.²⁸³ A partir de 1909 fue miembro de la Academia de Medicina en Argentina.²⁸⁴ Por su dedicación plena a la investigación alcanzó el brillo suficiente para que un autor de juicio exigente como José Ingenieros (1877-1925) lo situase entre las figuras relevantes que tuvo el profesorado de la Facultad de Medicina en Buenos Aires durante la década de 1880,²⁸⁵ y en otro momento elogiara los trabajos de su colega paraguayo sobre la cirugía del cerebro.²⁸⁶

Decoud manifestó aficiones literarias y ejerció el periodismo en Asunción y en Buenos Aires.²⁸⁷ Publicó *La Atlántida*,²⁸⁸ un denso ensayo de interpretación histórica sobre los orígenes de la nacionalidad paraguaya, matizado con abundantes observaciones etnológicas. El trabajo dio lugar a algunas opiniones encontradas por las interpretaciones que hacía sobre los habitantes autóctonos del país. Pero fue en el campo de la medicina experimental donde el galeno paraguayo otorgó las mejores muestras de sus condiciones científicas, dando a conocer monografías que cubrieron temas como la resección tarso-tibial,²⁸⁹ diagnóstico de los tumores de mama²⁹⁰ y la curación de las hernias,²⁹¹ entre otros puntos. De acuerdo a Parker²⁹² fue autor de más de cien monografías. Parte de esta variada producción es un ensayo enfocado sobre el fenómeno del hipnotismo, al que se conceptualiza e interpreta desde una perspectiva esencialmente psicológica.²⁹³

Es este pequeño libro el que ubica a su autor entre aquéllos que componen la historia de la psicología paraguaya.²⁹⁴ Pese a su destacada actuación es verdaderamente infortunado que los datos sobre la vida de Diógenes Decoud permanezcan tan escasos y fragmentarios y en muchos casos se acerquen más al plano del relato anecdótico que al de la biografía organizada. Decoud disfrutó del aprecio y respeto de los miembros de la colectividad paraguaya radicada en Buenos Aires. Así lo indican algunos detalles conocidos en su vida pública como la participación que le cupo en ocasión del aniversario de la muerte del gran maestro paraguayo Juan Pedro Escalada, cuando pronunció una alocución ante su tumba.²⁹⁵

El caso que concierne a Decoud es importante de tomar en cuenta por un buen número de razones. Fue uno de los paraguayos que no halló en su país los medios necesarios para desarrollarse profesionalmente en las décadas previas a la guerra y por ello se vio en la forzosa necesidad de emigrar. Era un talento potencial, lo que se prueba a través de los logros que alcanzó cuando encontró una oportunidad propicia y pudo disfrutar de un ambiente adecuado y receptivo a la inversión intelectual. De hecho, los autores de grandes realizaciones científicas y artísticas no aparecen en escena por simple generación espontánea, sino que son el resultado de un delicado proceso de formación que compromete no solo variables como las condiciones personales y el talento individual, sino factores familiares, culturales y hasta políticos también.²⁹⁶ ¿Qué habría sido de su vocación médica e investigadora de haber permanecido estancado sin salir nunca del país? Como no poseía una formación en el arte de la guerra ni

vocación para la milicia posiblemente habría sido uno de los miles de reclutados forzosos que formaron parte de la tropa del Mariscal. De haber sido así, sabemos que las probabilidades de supervivencia le habrían resultado muy escasas. ¿Cuántos investigadores aptos para la ciencia como él se habrán perdido irremediablemente, devorados por el fuego de las armas o extenuados por el cansancio abrumador y la miseria total que acreó la guerra? Insistimos, Decoud probablemente no es el único caso y aquí desde luego es difícil ocuparse de todos. Pero puede ser visto claramente como un prototipo y un ejemplo excelente del daño devastador que causó el conflicto sobre la inteligencia del país.

Paraguay no pudo contar con una universidad sino hasta 1889. Sin embargo, durante el período de don Carlos Antonio López aparecieron iniciativas pedagógicas que parecían sugerir el camino hacia el establecimiento gradual de la educación terciaria. La Academia Literaria, el Aula de Filosofía, la Escuela de Derecho de Gelly y los estudios médicos que se habían iniciado con el doctor Stewart son buenos ejemplos. Los libros eran un negocio interesante, lo que no ocurriría de no haber existido por lo menos una pequeña élite de lectores, dispuestos a invertir en ellos. Debe recordarse la información de Pla²⁹⁷ que las obras de contenido *psicológico* figuraban entre las solicitadas. Desde luego, el vocablo *psicología* no significaba lo mismo en 1855 o 1860 que luego del establecimiento del laboratorio de Leipzig en 1879, evento que redireccionó profundamente el rumbo de la nueva ciencia. Con todo, el detalle es llamativo. ¿Podrían haber surgido personas interesadas en las aplicaciones de la psicología, por ejemplo, a la educación escolar de haber continuado esta tendencia lectora?

Ellos se hubieran anticipado en al menos tres décadas a los autores que generaron los primeros acercamientos entre educación y psicología durante la década de 1890.²⁹⁸ Por otra parte cuando se fundó la Universidad Nacional de Asunción en 1889 quedó establecida, al mismo tiempo, la primera carrera de Medicina en el Paraguay²⁹⁹ y los primeros servicios destinados a la atención de los enfermos mentales.³⁰⁰ ¿Podría la enseñanza en los cursos de Medicina del doctor Stewart y otros médicos a finales de la década de 1850 haber evolucionado paulatinamente hacia un interés incipiente en la enfermedad mental de haber continuado estos sin interrupción? ¿Es posible que pudiera haberse visto, por ejemplo, alguna publicación paraguaya en el área de la psiquiatría con una antelación de algunas décadas al libro del médico Cándido A. Vasconcellos que salió casi a mitad del siglo XX³⁰¹ y que de hecho constituye la primera publicación paraguaya en el área?³⁰²

Con todo lo adversos que fueron los efectos de la guerra para la educación en general y la investigación científica en particular, la psicología, al menos como un área de estudio dentro de la enseñanza formal, logró echar raíces de todas formas. En 1883 se dictó por primera vez un curso de Psicología en el Paraguay y el escenario fue una institución de enseñanza media, el Colegio Nacional, que funcionaba en Asunción dependiendo del apoyo financiero que le brindaba el municipio de la ciudad.³⁰³ Hacía solo cuatro años que se había establecido el laboratorio de Leipzig. El Colegio no tuvo continuidad, lo cual se explica fácilmente por la escasez de maestros y por las limitaciones que en aquél momento enfrentaba cualquier iniciativa cultural que dependiera del erario público para su sostenimiento, debido a la virtual quiebra en que se hallaba el país. Pero la materia de Psicología logró resurgir pocos años después en los planes de la enseñanza media al fundarse el nuevo Colegio Nacional, que esta vez se integró a la estructura de la Universidad Nacional de Asunción, abierta en 1889. Al mismo tiempo, las

revistas culturales que comenzaron a publicarse en las décadas de 1890 y 1900 dieron cabida a una gran diversidad de temas como la literatura, la historia nacional, la antropología y el derecho.

Entre aquéllos artículos, varios que eran escritos teóricos o de esencia fundamentalmente especulativa pero con una temática psicológica bien definida también encontraron espacio, lo cual evidencia que el interés en el funcionamiento cognitivo humano -o de la *mente*, para ser congruentes con la terminología de la época-, el pensamiento, las emociones, la crianza de los niños, la educación y la psicología, la sensación, la percepción y otros, no tardó en hallar adeptos, por lo menos entre las personas más educadas de la sociedad. Estas, en efecto, eran quienes asistían a las veladas y tertulias culturales y tenían la capacidad de escribir artículos de buena calidad en aquéllos foros culturales. Si la enseñanza y el interés en la psicología lograron surgir de todas maneras, pese a los grandes problemas que tuvo que atravesar el país en las tres décadas siguientes a la Triple Alianza, no puede menos que ser un asunto de especulación, aunque con una gran probabilidad, base y sentido, que la psicología quizás habría podido alcanzar logros más importantes en el plano de la investigación de haber sido otras las condiciones imperantes en la década de 1860.

Es un asunto que llama la atención, de hecho, porqué la psicología experimental no logró establecerse en el Paraguay cuando lo hizo en la mayoría de las naciones vecinas. En 1891 se instituyó un laboratorio de psicofisiología en la Escuela Normal de Varones de San Juan, en Argentina, por iniciativa de Víctor Mercante (1870-1934), un educador destacado.³⁰⁴ En Brasil fue instalado otro laboratorio en la ciudad de Río de Janeiro en 1890, que no obstante comenzó a funcionar recién a partir de 1897.³⁰⁵ Formaba parte de un Museo Pedagógico y su impulsor fue Joaquín Medeiros e Albuquerque (1867-1933). Pronto surgieron otros, en Río de Janeiro en 1899 y São Paulo en 1909 y 1912.³⁰⁶ Otro educador, Rómulo Peña Maturana, instaló el primer laboratorio chileno en 1905 en la Escuela Normal de Copiapó, en tanto Guillermo Mann abrió otro similar en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile tres años después, en 1908.³⁰⁷ Pérez Gambini³⁰⁸ destacó la figura pionera de Carlos Vaz Ferreira (1872-1958) como el iniciador del primer laboratorio uruguayo de psicología que habría funcionado en la Universidad de la República hacia 1897 pero que duró por menos de diez años.

Otros autores como Lagomarsino Guiría³⁰⁹ y Vilanova y DiDoménico³¹⁰ identificaron al Laboratorio de Psicopedagogía Experimental del Instituto Normal en Montevideo, que comenzó a operar en la fecha muy posterior de septiembre de 1933 y fue obra del psicólogo cubano-español Sebastián Morey Otero (1894-1939) como el primer laboratorio que se conoció en aquél país. La mayoría de estos emprendimientos fructificaron gracias a la perdurable influencia que ejerció la filosofía positivista y el evolucionismo del naturalista Charles Darwin (1809-1882) y el filósofo Herbert Spencer (1820-1903) durante la segunda mitad del siglo XIX.

El ideario positivista tuvo gran eco en los círculos intelectuales de la mayoría de los países del cono sur americano y representó una marca duradera para la identidad de la psicología, con mayor intensidad en países como Argentina y Brasil.³¹¹ Paraguay no estuvo ajeno a la influencia del positivismo,³¹² al menos desde 1895 hasta inicios de la década de 1930. Personalidades sobresalientes como Cecilio Báez (1862-1941) e Ignacio A. Pane (1881-1920), que tuvieron presencia activa en el surgimiento temprano de la psicología social, fueron positivistas.³¹³ Pero

ellos y otros de similar orientación doctrinaria no ejercieron la investigación experimental, fueron teóricos. Sólidos, coherentes e ilustrados como muy pocos podían aspirar en su tiempo, pero ajenos a la experimentación. La psicología paraguaya iluminada por las ideas positivas no fue comprobadora de hipótesis nuevas ni replicativa de experimentos, sino un ejercicio intelectual reflexivo, muy fino, autorizado y elaborado. En eso tuvo lo mejor de su aporte.

Conclusión

Los historiadores paraguayos han sentido siempre una fascinación especial por los personajes, las batallas, las circunstancias diversas, las causas reales y profundas y las consecuencias concretas y sentidas que dejó sembrada la hecatombe de 1870. Les ha sorprendido el valor, el heroísmo, la fuerza y tenacidad interiores de un pueblo, que se vieron expresadas a través de tantos cuadros dramáticos, innúmeros destinos oscuros, inmensos renunciamentos, incontables ambiciones postergadas como las vividas en la Guerra contra la Triple Alianza. La contienda alimentó el surgimiento de ideologías contradictorias, sirvió intelectualmente a intereses contrapuestos y se ha entrelazado con tanta intensidad a las emociones de la gente que esta, en su folclore y su imaginación colectiva -no en su historia académica-, a falta de hechos genuinos ha fabricado leyendas, mitos y fantasmas, buenos y malos, amables o aborrecibles, que aún tiñen las conversaciones coloquiales en las cálidas noches paraguayas. Ellas infunden la ilusión de la sabiduría en quienes creen estar con la certera posesión de los verdaderos secretos del alma nacional que cristalizaron en aquéllas batallas, en formas no vistas antes ni después.

La Guerra contra la Triple Alianza se halla indisolublemente entrelazada con la historia y la identidad del paraguayo. Por eso habrá que seguirla explorando en los múltiples aspectos que todavía se desconocen, en sus relaciones con el pensamiento y la ciencia nacional, de maneras diversas que permitan vislumbrar, al menos de forma aproximada, los senderos alternativos que nunca fueron recorridos. La función esencial del intelecto, que es asimilar con precisión la propia circunstancia personal y social para abarcarla en todas sus dimensiones y superarla en la acción, habrá entonces iluminado aquél tramo tan importante de la historia paraguaya y sus vinculaciones insospechadas con el presente de esta nación. La historia, como siempre, asoma en el horizonte de los pueblos cual instrumento pedagógico para la vida y el conocimiento profundo.

Notas y referencias bibliohemerográficas

¹ García, José E. "La enseñanza de la psicología en la Universidad Nacional de Asunción (Paraguay)". En *Teoría e Investigación en Psicología*, Vol. 19, Nº 1, Lima, 2010, pp. 61-179

² M. Figueredo, Luis Cláudio. *Matrizes do pensamento psicológico*. Petrópolis, Vozes, 1991.

³ Dupéron, Isabelle y Fechner G. T. *Le parallélisme psychophysiologique*, París, Presses Universitaires de France, 2000.

⁴ Matlin, Margaret W. y Foley, Hugh J. *Sensación y Percepción*, México, Prentice-Hall, 1996.

⁵ García, José E. "Historia e Historiografía de la Psicología en el Paraguay". En: *Las ciencias del comportamiento en los albores del siglo XXI*, editado por Jorge Ricardo Vivas, Mar del Plata,

Editorial Universidad Nacional de Mar del Plata, 2005, pp. 286-290.

⁶ Rodríguez Lapuente, Manuel. *Historia de Iberoamérica*. Barcelona, Editorial Ramón Sopena, 1968.

⁷ Benítez, Justo Pastor. *Bajo el signo de Marte. Crónicas de la Guerra del Chaco*. Montevideo, Impresora Uruguaya, 1934. Al respecto también puede verse: Cardozo, Efraín. *Paraguay independiente*, Asunción, Carlos Schauman Editor, Segunda edición paraguaya, 1988, edición original 1949.

⁸ García, José E. "Psicología, Investigación y Ciencia en el Paraguay: Características resaltantes en el periodo preuniversitario". *Revista Interamericana de Psicología*, Vol. 39, N° 2, Porto Alegre, 2005, pp. 305-312. Al respecto véase: García, José E. "Breve historia de la psicología en Paraguay", *Psicología para América Latina*, N° 17, Agosto 2009, <http://www.psicolatina.org>

⁹ Seiferheld, Alfredo M. *Los judíos en el Paraguay*, Vol. 1. Inmigración y presencia judías (siglo XVI-1935), Asunción, El Lector, 1984.

¹⁰ Benítez, Justo Pastor. *El solar guaraní. Panorama de la cultura paraguaya en el siglo XX*. Asunción - Buenos Aires, Ediciones Nizza, 1959.

¹¹ Bray, Arturo. *Solano López. Soldado de la guerra y del infortunio*. Asunción, Imprenta Nacional, 1945/1995.

¹² Irala Burgos, Adriano. *La ideología política del Doctor Francia*. Asunción, Carlos Schauman Editor, Segunda edición, 1988.

¹³ Alcalde Cruchaga, Francisco Javier. *La guerra increíble de Francisco Solano López*. Santiago, Gráfica Andes, 1990.

¹⁴ Benítez, Justo Pastor. *Carlos Antonio López*. Asunción, Carlos Schauman Editor, 1990.

¹⁵ Hoyt Williams, John. *The rise and fall of the paraguayan republic 1800-1870*. Austin (Texas), Institute of Latin American Studies, The University of Texas at Austin, 1979.

¹⁶ García Mellid, Atilio. *Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay*. Buenos Aires, Ediciones Theoria, 1964, Tomo II.

¹⁷ Domínguez, Manuel. *El Paraguay, sus grandezas y sus glorias*, Buenos Aires, Editorial Ayacucho, 1946, pp. 44.

¹⁸ Romero de Viola, Blanca Rosa, "La reivindicación histórica del Dr. Francia". *Anuario Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia*, Vol. 9, Asunción, 1990, pp. 25-30.

¹⁹ Prieto Yegros, Leandro. *Colorados al poder*. Asunción, Editorial Cuadernos Republicanos, 1993. También véase: Gatti Cardozo, Gustavo. *El poder político de los militares en el Paraguay 1870-1990*, Asunción, Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción", Biblioteca de Estudios Paraguayos, 1990.

²⁰ Benn, Stanley I. "Nationalism". En: *The encyclopedia of philosophy*, editado por Paul Edwards, New York. The Macmillan Company & The Free Press, 1972 (edición original 1967), pp. 442-445.

²¹ Garay, Blas. *Compendio elemental de historia del Paraguay*. Buenos Aires, La Americana Casa Editora, 1906.

²² Amaral, Raul. *El novecentismo paraguayo. Hombres e ideas de una generación fundamental del Paraguay*. Asunción, Servilibro, 2006.

²³ Rodríguez Alcalá, Guido. *Ideología autoritaria*. Asunción, RP Ediciones, 1987.

²⁴ Rebaudi, Arturo. *Guerra del Paraguay. Un episodio. Vencer o morir!* Buenos Aires, Imprenta "Constancia", 1918.

²⁵ Gonzáles Alsina, Ezequiel. *Raíz y proyección de Cerro Corá*. Asunción, Ediciones Mediterráneo, 1985.

²⁶ O'Leary, Juan E. *Recuerdos de gloria*, Asunción, Servilibro, 2008.

²⁷ Báez, Cecilio y O'Leary, Juan E. *Polémica sobre la historia del Paraguay*. Asunción, Editorial Tiempo de Historia, 2008.

- ²⁸ Pla, Josefina. *Los británicos en el Paraguay 1850-1870*. Asunción, Arte Nuevo Editores, 1984.
- ²⁹ Rebaudi, Arturo. *Un tirano de Sudamérica. Francisco Solano López*. Buenos Aires, Serantes Hnos. Impresores, 1925.
- ³⁰ Junta Patriótica. *El Mariscal Francisco Solano López*. Asunción, Patriotas amigos de la libertad, 1926/1996. También puede verse: Thompson, George. *La Guerra del Paraguay*, Asunción, RP Ediciones, 1869/1992.
- ³¹ Cunninghame Graham, Robert B. *Retrato de un dictador. Francisco Solano López, Paraguay 1865-1870*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1933/2001.
- ³² Leyes Chaves, María Concepción de. *Madame Lynch y Solano López*. Buenos Aires, Edición de la autora, 1976.
- ³³ Barreto Valinotti, Ana. *Elisa Alicia Lynch*. Asunción, El Lector/ABC Color, 2011. También puede verse: Lillis, Michael y Fanning, Ronan. *Calumnia. La historia de Elisa Lynch y la Guerra de la Triple Alianza*. Asunción, Taurus, 2009.
- ³⁴ Masterman, Jorge Federico. *Siete años de aventuras en el Paraguay*. Buenos Aires, Juan Palumbo Editor, 1911, p. 29.
- ³⁵ Rebaudi, Arturo. El lopizmo. Trozos selectos de la obra "Viajes en América y la Guerra Sud Americana", por el Mayor Prusiano Max Von Versen. Buenos Aires, Edición del autor, 1923.
- ³⁶ Rebaudi, *Un tirano de Sudamérica, op. cit.*
- ³⁷ Junta Patriótica, *op. cit.*
- ³⁸ Rebaudi, *Guerra del Paraguay, op. cit.*
- ³⁹ Ceuppens, Henry. *Paraguay: ¿Un paraíso perdido?* Asunción, Litocolor, 2003.
- ⁴⁰ Washburn, Carlos A. *Historia del Paraguay*. Buenos Aires, Imprenta San Martín, Vol. II, 1897.
- ⁴¹ Horton Box, Pelham. Los orígenes de la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza. Asunción, El Lector, 1927/1996.
- ⁴² Bray, *op. cit.*
- ⁴³ Cova, Jesús Antonio. *Solano López y la epopeya del Paraguay*. Buenos Aires, Editorial Venezuela, 1948.
- ⁴⁴ Masterman, *op. cit.*
- ⁴⁵ Cova, *op. cit.*
- ⁴⁶ Cangogni, Maulio e Boris, Ivan. El Napoleón del Plata. Historia de una heroica guerra sudamericana. Barcelona, Noguer, 1972.
- ⁴⁷ Cova, *op. cit.*
- ⁴⁸ Maíz, Fidel. Etapas de mi vida. Contestación a las imposturas de Juan Silvano Godoy. Asunción, Imprenta La Mundial, 1919.
- ⁴⁹ Masterman, *op. cit.*
- ⁵⁰ Cardozo, Paraguay independiente, *op. cit.*
- ⁵¹ Ceuppens, *op. cit.*
- ⁵² Seeber, Francisco. *Cartas sobre la guerra del Paraguay 1865-1866*. Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso, 1907.
- ⁵³ Box, *op. cit.*
- ⁵⁴ Roa Bastos, Augusto. "Em frente à frente paraguaia". En *O livro da Guerra Grande*, editado por Augusto Roa Bastos, Alejandro Maciel, Omar Prego Gadea y Eric Nepomuceno, Río de Janeiro, Editora Record, 2002, pp. 55-98.
- ⁵⁵ Francis Burton, Richard. *Cartas desde los campos de batalla del Paraguay*. Buenos Aires, El Foro, 1870/1998.
- ⁵⁶ Cruchaga, Alcalde, *op. cit.*
- ⁵⁷ Bergonzi, Osvaldo. El círculo de San Fernando. Asunción, Continental-Comuneros, 1998. También puede verse: Cardozo, Paraguay independiente, *op. cit.* y Decoud, La Masacre de Concepción

ordenada por el Mcal. López, *op. cit.*

⁵⁸ Rebaudi, Guerra del Paraguay, *op. cit.*

⁵⁹ Rodríguez Alcalá, Guido. *Residentas, destinadas y traidoras*. Asunción, RP Ediciones/Criterio, 1991.

⁶⁰ García Mellid, *op. cit.*

⁶¹ Kolinski, Charles J. *Independence or Death! The story of the paraguayan war*. Jacksonville, University of Florida Press, 1965.

⁶² Cunninghame Graham, *op. cit.*, p. 18.

⁶³ Bray, *op. cit.*

⁶⁴ Touchard, Jean. *Historia de las ideas políticas*. Madrid, Tecnos, 1981.

⁶⁵ Rodríguez Alcalá, Ideología autoritaria, *op. cit.*

⁶⁶ Cova, *op. cit.*

⁶⁷ Cardozo, Paraguay independiente, *op. cit.*

⁶⁸ *Ídem*.

⁶⁹ Riquelme García, B. *El ejército de la epopeya*. Asunción, Cuadernos Republicanos, Tomo II, 1977.

⁷⁰ Benítez, Carlos Antonio López, *op. cit.*

⁷¹ Cardozo, Paraguay independiente, *op. cit.*

⁷² Gaylord Warren, Harris. *Paraguay and the Triple Alliance. The postwar decade, 1869-1878*. Austin, Texas, Institute of Latin American Studies, The University of Texas at Austin, 1978. Al respecto también puede verse: Gaylord Warren, Harris. *Paraguay y la Triple Alianza. La década de posguerra, 1869-1878*. Asunción, Intercontinental Editora, 2009.

⁷³ Otaño, Juan B. (h.). Origen, desarrollo y fin de la marina desaparecida en la guerra de 1864-70. Asunción, La Colmena, 1942.

⁷⁴ Du Graty, Alfred M. *La República del Paraguay*. Besanzon, Imprenta de José Jacquin, 1862.

⁷⁵ Otaño, *op. cit.*

⁷⁶ Warren, Paraguay and the Triple Alliance, *op. cit.* y Gaylord Warren, Harris. Paraguay y la Triple Alianza, *op. cit.*

⁷⁷ Whigham, Thomas. *Lo que el río se llevó. Estado y comercio en Paraguay y Corrientes, 1776-1870*. Asunción, Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción", Biblioteca de Estudios Paraguayos, 2009.

⁷⁸ Rosa, José María. *La Guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*. Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1985.

⁷⁹ Benítez, Carlos Antonio López, *op. cit.*

⁸⁰ Herken Krauer, Juan Carlos y Giménez Herken, María Isabel de. *Gran Bretaña y la Guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Editorial Arte Nuevo, 1983.

⁸¹ Du Graty, *op. cit.*

⁸² Pomer, León. *La Guerra del Paraguay. Gran negocio*. Buenos Aires, Ediciones Caldén, 1968, p. 64.

⁸³ Doratioto, Francisco. *Maldita guerra. Nueva historia de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires, Emecé Editores, 2006.

⁸⁴ Cangogni y Boris, *op. cit.* También puede verse: Castagnino, Leonardo. *Guerra del Paraguay. La Triple Alianza contra los países del Plata*. Buenos Aires, Fabro, 2011.

⁸⁵ Chaves, Julio César. *Compendio de historia paraguaya*. Asunción, Carlos Schauman Editor, Tercera Edición, 1988.

⁸⁶ Pérez Acosta, Juan Francisco. Carlos Antonio López, obrero máximo. Labor administrativa y constructiva. Asunción, Editorial Guaranía, 1948.

⁸⁷ White, Richard Alan. *La primera revolución popular en América, Paraguay (1810-1840)*. Asunción: Carlos Schauman Editor, 1989.

- ⁸⁸ Báez, Cecilio. La tiranía en el Paraguay. Sus causas, caracteres y resultados. Asunción, Tipografía de «El País», 1903.
- ⁸⁹ Cardozo, Efraín. *Breve historia del Paraguay*. Buenos Aires, EUDEBA, 1965.
- ⁹⁰ Boccia Romañach, Alfredo. *Amado Bonpland. Carai arandú*. Asunción, El Lector, 1999.
- ⁹¹ Rengger, Juan y Longchamp, Marcelino. *El dictador Francia*. Asunción, Intercontinental, 1827/2010.
- ⁹² Whigham, Thomas. La Guerra de la Triple Alianza Volumen I. Causas e inicios del mayor conflicto bélico de América del Sur. Asunción, Taurus, 2010.
- ⁹³ Pla, Josefina. *Apuntes para una historia de la cultura paraguaya*. Asunción, Edición de la autora, 1967.
- ⁹⁴ Amaral, Raúl. La Filosofía en el Paraguay. Anticipos (1814-1918). Ensayos de investigación cultural y bibliográfica. Asunción, Fondec - Intercontinental Editora, 2010.
- ⁹⁵ Whigham, Lo que el río se llevó, *op. cit.*
- ⁹⁶ Cardozo, Breve historia del Paraguay, *op. cit.*
- ⁹⁷ Pla, Apuntes para una historia de la cultura paraguaya, *op. cit.*
- ⁹⁸ Peters, Heinz. *El sistema educativo paraguayo desde 1811 hasta 1865*. Asunción, Instituto Cultural Paraguayo-Alemán, 1996.
- ⁹⁹ Pérez Acosta, Carlos Antonio López, *op. cit.*
- ¹⁰⁰ Ramos, R. Antonio. *Juan Andrés Nelly*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Lucania, 1972, pp. 467.
- ¹⁰¹ Velilla Laconich, Julia. *Historia de la Universidad Nacional de Asunción (1889-1989)*. Asunción, Universidad Nacional, 1990. Vol. I.
- ¹⁰² Cardozo, Breve historia del Paraguay, *op. cit.*
- ¹⁰³ Pérez Acosta, Carlos Antonio López, *op. cit.*
- ¹⁰⁴ Centurión, Juan Crisóstomo. *Memorias o Reminiscencias históricas sobre la Guerra del Paraguay*. Asunción, Editorial Guaranía, 1944. Tomo I.
- ¹⁰⁵ Oliver, Juan Pablo. "Prólogo" a Bermejo, Ildefonso Antonio. *Vida paraguaya en tiempos del viejo López*. Buenos Aires, EUDEBA, 1873/1973, pp. 7-24.
- ¹⁰⁶ Bermejo, Ildefonso Antonio. *Vida paraguaya en tiempos del viejo López*. Buenos Aires, EUDEBA, 1873/1973.
- ¹⁰⁷ Cardozo, Paraguay independiente, *op. cit.* También puede verse: Centurión, *Memorias o Reminiscencias históricas sobre la Guerra del Paraguay*, *op. cit.*
- ¹⁰⁸ White, *op. cit.*
- ¹⁰⁹ Maíz, *op. cit.* Véase también: Pérez Acosta, *Carlos Antonio López*, *op. cit.*
- ¹¹⁰ Pla, Josefina. *La cultura paraguaya y el libro*. Asunción, Biblioteca de Estudios Paraguayos, 1983.
- ¹¹¹ Moreno, Fulgencio R. *La ciudad de la Asunción*. Asunción, Casa América - Moreno Hnos, 1968.
- ¹¹² Pla, La cultura paraguaya y el libro, *op. cit.*
- ¹¹³ Centurión, *Memorias o Reminiscencias históricas sobre la Guerra del Paraguay*, *op. cit.*, p. 74.
- ¹¹⁴ Doratioto, *op. cit.*
- ¹¹⁵ Chaves, Julio César. *El presidente López. Vida y gobierno de Don Carlos*. Buenos Aires, Editorial Ayacucho, 1955.
- ¹¹⁶ Bareiro Spaini, Luís N. Las fuerzas armadas y su profesionalidad: Realidad y perspectivas (una interpretación nacional y regional). Asunción, Intercontinental Editora, 2008.
- ¹¹⁷ Cardozo, Breve historia del Paraguay, *op. cit.*
- ¹¹⁸ Herken Krauer y Jiménez de Herken, *op. cit.*
- ¹¹⁹ Hadfield, William. El Brasil, el Río de la Plata y el Paraguay vistos por un viajero en 1852. Buenos Aires, Editorial Difusam, 1854/1943.
- ¹²⁰ Cova, *op. cit.*

- ¹²¹ Ceuppens, *op. cit.*
- ¹²² Whigham, Lo que el río se llevó, *op. cit.*
- ¹²³ Thompson, *op. cit.*
- ¹²⁴ Chaves, El presidente López, *op. cit.*
- ¹²⁵ Irala Burgos, *op. cit.*
- ¹²⁶ Montefilpo Carvallo, Reinaldo. Raíces, tiempo y memoria. Origen, formación y carácter del ser paraguayo. Asunción, Edición del autor, 1997.
- ¹²⁷ Benítez, Carlos Antonio López, *op. cit.*
- ¹²⁸ Prieto, Justo. *2 vidas ejemplares*. Buenos Aires, Talleres Gráficos A. Plantié y Cia, 1939.
- ¹²⁹ Centurión, Memorias o Reminiscencias históricas sobre la Guerra del Paraguay, *op. cit.*
- ¹³⁰ Viola, Alfredo. *Origen de algunos pueblos del Paraguay*. Asunción, Ediciones Comuneros, 1986.
- ¹³¹ Cangogni y Boris, *op. cit.*
- ¹³² Pastore, Carlos. *La lucha por la tierra en el Paraguay*. Montevideo, Editorial Antequera, 1972.
- ¹³³ Rodríguez Alcalá, Ideología autoritaria, *op. cit.*
- ¹³⁴ Pastore, *op. cit.*
- ¹³⁵ *Ídem.*
- ¹³⁶ Ceuppens, *op. cit.*
- ¹³⁷ Barrett, Rafael. "Lo que son los yerbaes". En *Obras completas*, editado por Miguel Angel Fernández y Francisco Corral, Asunción, RP Ediciones/Instituto de Cooperación Iberoamericana, Tomo II, 1910/1988, pp. 5-22.
- ¹³⁸ Thompson, *op. cit.*
- ¹³⁹ Arguello, Ana María. *El rol de los esclavos negros en el Paraguay*. Asunción, Centro Editorial Paraguay, 1999.
- ¹⁴⁰ Washburn, *op. cit.*
- ¹⁴¹ Cardozo, Paraguay independiente, *op. cit.*
- ¹⁴² Williams, John Hoyt. "Desde la mira del fusil: Algunas observaciones acerca del Dr. Francia y el militarismo paraguayo". En *El Paraguay bajo el Doctor Francia: Ensayos sobre la sociedad patrimonial (1814-1840)*, editado por Thomas Whigham y Jerry W. Cooney, Asunción, El Lector, 1996, pp. 45-73.
- ¹⁴³ Sánchez Quell, Hipólito. *Estructura y función del Paraguay colonial*. Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, 1955.
- ¹⁴⁴ Cardozo, Ramón I. *El Guairá. Historia de la antigua provincia 1554-1676*. Buenos Aires, Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez, 1938. también puede verse: Chaves, *Compendio de historia paraguaya, op. cit.*
- ¹⁴⁵ Areces, Nidia R. *Estado y frontera en el Paraguay. Concepción durante el gobierno del Dr. Francia*. Asunción, Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción", Biblioteca de Estudios Paraguayos, 2007.
- ¹⁴⁶ Rivarola, Milda. La polémica francesa sobre la Guerra Grande. Eliseo Reclus: La Guerra del Paraguay. Laurent-Cochelet: Correspondencia consular. Asunción, Editorial Histórica, 1988.
- ¹⁴⁷ Domínguez, Manuel. *El alma de la raza*. Asunción, Casa Editora de Cándido Zamphirópolis, 1918.
- ¹⁴⁸ Fix, Théodore. *La guerre du Paraguay*. Paris, Ch. Tanera Éditeur, 1870.
- ¹⁴⁹ Sánchez Quell, Hipólito. *La diplomacia paraguaya de mayo a Cerro-Corá*. Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, 1964.
- ¹⁵⁰ Scavone Yegros, Ricardo. Las relaciones entre el Paraguay y Bolivia en el siglo XIX. Asunción, Servilibro, 2004.
- ¹⁵¹ Doratioto, *op. cit.*
- ¹⁵² Chaves, Compendio de historia paraguaya, *op. cit.*

- ¹⁵³ Benitez, Luís G. *Historia diplomática del Paraguay*. Asunción, Edición del autor, 2003.
- ¹⁵⁴ Mora, Frank O. y Cooney, Jerry W. *El Paraguay y Estados Unidos*. Asunción, Intercontinental Editora, 2009.
- ¹⁵⁵ Ocampos Caballero, Augusto. *Emancipación y diplomacia. Misión de Solano López en Madrid*. Asunción, Editora Ricor Grafic, 1995.
- ¹⁵⁶ Mora, Frank O. *La política exterior del Paraguay (1811-1989)*. Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1993.
- ¹⁵⁷ Rivarola, Milda. *Vagos, pobres y soldados. La domesticación estatal del trabajo en el Paraguay del siglo XIX*. Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1994.
- ¹⁵⁸ Bareiro Spaini, *op. cit.*
- ¹⁵⁹ Cunninghame Graham, *op. cit.*
- ¹⁶⁰ Speratti, Juan. *Política militar paraguaya. Esbozo de temas y cuestiones de la instrucción y educación del mando*. Buenos Aires, Edición del autor, 1955.
- ¹⁶¹ Rubiani, Jorge. *Verdades y mentiras sobre la Guerra de la Triple Alianza*. Asunción, Intercontinental, 2009.
- ¹⁶² Whigham, *La Guerra de la Triple Alianza, op. cit.*
- ¹⁶³ Pereyra, Carlos. *Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires, A. Rego Libros, 1953.
- ¹⁶⁴ Rolón Medina, Anastasio. *Temple y estirpe (ensayos histórico-apologéticos sobre la raza guaraní y el criollo paraguayo)*. Asunción, Imprenta Militar, 1953.
- ¹⁶⁵ Garmendia, José Ignacio. *Campaña de Humaytá*. Buenos Aires, Casa Editora de Jacobo Peuser, 2^o edición, 1901.
- ¹⁶⁶ De Marco, Miguel Angel. *La Guerra del Paraguay*. Buenos Aires, Planeta, 1995.
- ¹⁶⁷ Cárcano, Ramón J. *Guerra del Paraguay. Orígenes y causas*. Buenos Aires, Domingo Viau y Cia, 1939.
- ¹⁶⁸ Cardozo, Efraín. *Vísperas de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires, El Ateneo, 1954.
- ¹⁶⁹ Pomer, *op. cit.*
- ¹⁷⁰ Chiavenatto, Julio José. *Genocidio americano. A Guerra do Paraguai*. São Paulo, Editora Brasiliense, 2^o Edição, 1979. También puede verse: Chiavenatto, Julio José. *Genocidio americano. La Guerra del Paraguay*. Asunción, Carlos Schauman Editor, 1989.
- ¹⁷¹ González, J. Natalicio. *La Guerra al Paraguay. Imperialismo y nacionalismo en el Plata*. Buenos Aires, Editorial Sudestada, 1968.
- ¹⁷² De Marco, *op. cit.*
- ¹⁷³ Doratioto, *op. cit.*
- ¹⁷⁴ Herken Krauer y Giménez de Herken, *op. cit.*
- ¹⁷⁵ Chiavenatto, *Genocidio americano. A Guerra do Paraguai, op. cit.* También véase: Chiavenatto, Julio José. *Genocidio americano. La Guerra del Paraguay, op. cit.*
- ¹⁷⁶ Pereyra, *Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay, op. cit.*
- ¹⁷⁷ Williams, *The rise and fall of the paraguayan republic 1800-1870, op. cit.*
- ¹⁷⁸ Ganson Rivas, Bárbara de. *Las consecuencias demográficas y sociales de la Guerra de la Triple Alianza*. Asunción, Edición de la autora, 1985.
- ¹⁷⁹ Ashwell, Washington. *Historia económica del Paraguay. Estructura y dinámica de la economía nacional 1870-1925*. Asunción, Carlos Schauman Editor, 1989. Tomo I.
- ¹⁸⁰ Du Graty, *op. cit.*
- ¹⁸¹ Fix, *op. cit.*
- ¹⁸² Godoi, Juan Silvano. *El Barón de Río Branco. La muerte del Mariscal López. El concepto de la patria*. Asunción, Talleres Nacionales, 1912.
- ¹⁸³ Vasconsellos, Víctor Natalicio. *Lecciones de historia paraguaya*. Asunción, Edición del autor, 1966.

- ¹⁸⁴ Rodríguez Lapuente, *op. cit.*
- ¹⁸⁵ Cardozo, Efraín. *Apuntes de historia cultural del Paraguay*. Asunción, Universidad Católica, Biblioteca de Estudios Paraguayos, 1985.
- ¹⁸⁶ Salum-Flecha, Antonio. *Historia diplomática del Paraguay. De 1869 hasta nuestros días*. Asunción, Intercontinental Editora, 6º edición, 2006.
- ¹⁸⁷ Decoud, Héctor Francisco. *Sobre los escombros de la guerra. Una década de vida nacional 1869-1880*. Asunción, Edición del autor, Tomo primero, 1925, p. 13.
- ¹⁸⁸ Calzada, Rafael. *Rasgos biográficos de José Segundo Decoud*. Buenos Aires, Edición del autor, 1913.
- ¹⁸⁹ Decoud, Sobre los escombros de la guerra, *op. cit.*
- ¹⁹⁰ O'Leary, Juan E. *El Mariscal Solano López*. Asunción, Editorial Paraguaya, 1979.
- ¹⁹¹ García Mellid, *op. cit.*
- ¹⁹² Sánchez Quell, *Arquitectura, vestimenta y costumbres asuncenas, op. cit.*
- ¹⁹³ Pla, *La cultura paraguaya y el libro, op. cit.*, p. 190.
- ¹⁹⁴ Kolinski, *op. cit.*
- ¹⁹⁵ Rigual, Miguel. *Historia del Paraguay*. Asunción, El Lector, 2002.
- ¹⁹⁶ Gill Aguinaga, Juan Bautista.. *Excesos cometidos hace cien años*. Asunción, Academia Paraguaya de la Historia, s/f.
- ¹⁹⁷ Franco, Víctor I. *La sanidad en la Guerra contra la Triple Alianza*. Asunción, Edición del autor, 1976.
- ¹⁹⁸ Gonzales Torres, Dionisio M. *Aspectos sanitarios de la Guerra contra la Triple Alianza*. Asunción, Edición del autor, 1968.
- ¹⁹⁹ Pereyra, *Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay, op. cit.*
- ²⁰⁰ González, Teodosio. *Infortunios del Paraguay*. Asunción, Imprenta Nacional, 1995, p. 25.
- ²⁰¹ Ashwell, *op. cit.*
- ²⁰² Decoud, Héctor Francisco. *Los emigrados paraguayos en la guerra de la Triple Alianza*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso, 1930.
- ²⁰³ Amarilla Fretes, Eduardo. *La liquidación de la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay (Negociaciones diplomáticas)*. Asunción, Imprenta Militar, 1941.
- ²⁰⁴ Cardús Huerta, Gualberto. *Arado, pluma y espada*. Barcelona, Imprenta Domenech, 1911.
- ²⁰⁵ Laconich, Marcos Antonio. *El Paraguay mutilado*. Montevideo, Editorial Paraguaya, 1939.
- ²⁰⁶ Salum-Flecha, *op. cit.* Salum-Flecha, *op. cit.*
- ²⁰⁷ Davis, Arthur H. *Martin T. McMahon. Diplomático en el estridor de las armas*. Asunción, Litocolor, 1985.
- ²⁰⁸ Arguello, *op. cit.*
- ²⁰⁹ Cardozo, Paraguay independiente, *op. cit.*
- ²¹⁰ Alberdi, Juan Bautista. *La Guerra del Paraguay*. Asunción, Intercontinental Editora, 2001.
- ²¹¹ Bibliograf. *Lexis 22 Diccionario Enciclopédico*. Barcelona, Bibliograf, 1976. Tomo 12.
- ²¹² Benitez, Justo Pastor. *La causa nacional. Ensayo sobre los antecedentes de la guerra del Paraguay (1864-70)*. Asunción, Imprenta y Librería La Mundial, 1919.
- ²¹³ Cardozo, Efraín. *El Imperio del Brasil y el Rio de la Plata. Antecedentes y estallido de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires, Librería del Plata, 1961.
- ²¹⁴ Zenequelli, Lilia. *Crónica de una guerra. La Triple Alianza 1868-1870*. Buenos Aires, Ediciones Dunken, 1997.
- ²¹⁵ Cardozo, *Vísperas de la Guerra del Paraguay, op. cit.*
- ²¹⁶ Whigham, *La Guerra de la Triple Alianza, op. cit.*
- ²¹⁷ Rosa, *op. cit.*
- ²¹⁸ Flores Zarza, Idalia de. Juan Bautista Alberdi y la defensa del Paraguay en la Guerra contra la

Triple Alianza. Buenos Aires, Edición de la autora, 1976.

²¹⁹ Alberdi, *op. cit.*

²²⁰ Cardozo, Efraín. *Hace 100 años. Crónicas de la Guerra de 1864-1870*. Asunción, Ediciones EMASA, 1970. 12 vols.

²²¹ O'Leary, Juan E. *Nuestra epopeya (Guerra del Paraguay 1864-70)*. Asunción, Imprenta y Librería La Mundial, 1919.

²²² Mora Rodas, Nelson Alcides. *El Tratado. La Triple Alianza contra el Paraguay*. Asunción, Servilibro, 2011.

²²³ Mora, *op. cit.* También puede verse: Pereyra, Carlos. *Breve historia de América*. México, D.F., Editorial Patria, 1969 y Rigual, *op. cit.*

²²⁴ Beverina, Juan. *La Guerra del Paraguay. Desde la invasión de los aliados al Paraguay hasta Curupaity*. Buenos Aires, Edición del autor, 1932. Tomo VI.

²²⁵ Vasconsellos, *op. cit.*

²²⁶ Cardozo, *Hace 100 años, op. cit.*

²²⁷ Cardozo, Paraguay independiente, *op. cit.*

²²⁸ Scavone Yegros, *op. cit.*

²²⁹ De Herrera, Luís Alberto. *El drama del 65 (La culpa mitrista)*. Buenos Aires, Edición homenaje, 1943.

²³⁰ Cardozo, *Apuntes de historia cultural del Paraguay, op. cit.* p. 291.

²³¹ Pérez Pardella, Agustín. *Cerro Corá*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1977.

²³² González, La Guerra al Paraguay, *op. cit.*

²³³ Cardozo, *Hace 100 años, op. cit.*

²³⁴ Spano, Carlos Guido. *El Gobierno y la Alianza. Consideraciones políticas*. Asunción, Imprenta Militar, 1866/1942.

²³⁵ Stefanich, Juan. *Alberdi, la Argentina y el Paraguay*. Asunción, Talleres Nacionales de H. Kraus, 1920.

²³⁶ Rivarola Matto, Juan Bautista. *Diagonal de sangre. La historia y sus alternativas en la Guerra del Paraguay*. Asunción, Ediciones NAPA, 1986.

²³⁷ Mora, *op. cit.*, p. 65.

²³⁸ Riquelme, Manuel. *Héroes. Compendio de la Guerra de la Triple Alianza*. Asunción, Servilibro, 2006.

²³⁹ Jara Goiris, Fabio Aníbal. *Paraguay: Ciclos adversos y cultura política*. Asunción, Servilibro, 2004.

²⁴⁰ Viola, Alfredo. *Reseña del desarrollo cultural del Paraguay*. Asunción, Edición del autor, Segunda Edición, 1982.

²⁴¹ Cardozo, *Apuntes de historia cultural del Paraguay, op. cit.*

²⁴² Velásquez, Rafael Eladio. *Breve historia de la cultura en el Paraguay*. Asunción, Edición del autor, 1985.

²⁴³ Velásquez, *op. cit.*

²⁴⁴ Mosquera, Silvano. *Juan Silvano Godoi, su vida y su obra*. Asunción, La Colmena, 1935.

²⁴⁵ Cardozo, *Apuntes de historia cultural del Paraguay, op. cit.*

²⁴⁶ *Idem.*

²⁴⁷ Pesoa, Manuel. *Orígenes del Partido Liberal paraguayo 1870-1887*. Asunción, Criterio Ediciones, 1987.

²⁴⁸ García, José E. "Orígenes da Psicología Social no Paraguai". En *Psicologia Social. Relatos na América Latina*, editado por Ana Maria Jacó-Vilela, Marisa Lopes da Rocha y Deise Mancebo, São Paulo: Casa do Psicólogo, 2003, pp. 85-122.

²⁴⁹ Cardozo, *Apuntes de historia cultural del Paraguay, op. cit.* También puede verse: Vittone, Luís y Vittone, Gustavo Adolfo. Trayectoria militar y política del General de División Bernardino

Caballero. Asunción, Comuneros, 1988.

²⁵⁰ Speratti, Juan. *Historia de la educación pública en el Paraguay 1812-1932/ Origen y evolución histórica de la Escuela «España» de San Lorenzo*. San Lorenzo, Edición del autor, 1979.

²⁵¹ Cardozo, *Apuntes de historia cultural del Paraguay*, op. cit.

²⁵² Massare Kostianovsky, Olinda de. *La instrucción pública en la época colonial*. Asunción, Edición de la autora, 1968.

²⁵³ Viola, *Reseña del desarrollo cultural del Paraguay*, op. cit.

²⁵⁴ Blujaki, Agustín. *100 años. Referencias históricas sobre el Seminario Conciliar y Metropolitano 1880-1980*. Asunción, El Gráfico, 1980.

²⁵⁵ Báez Allende, Amadeo. *Reseña histórica de la Universidad Nacional*. Asunción, Imprenta Nacional, 1939.

²⁵⁶ Velilla Laconich, op. cit.

²⁵⁷ Pérez Acosta, Carlos Antonio López, op. cit.

²⁵⁸ Cardozo, *Apuntes de historia cultural del Paraguay*, op. cit.

²⁵⁹ Velásquez, op. cit.

²⁶⁰ Benítez, Justo Pastor. *Influencias del positivismo en la cultura nacional. Para una historia de las ideas*. Asunción, NAPA, 1983.

²⁶¹ Tapia, Francisco. "Pedagogía". En *Revista del Instituto Paraguayo*, Vol. 1, N° 8, Asunción, 1897, pp. 130-137. También puede verse: Francisco Tapia, "Algunas leyes biológicas". En *Revista del Instituto Paraguayo*, Vol. 2, N° 12, Asunción, 1898, pp. 204-219.

²⁶² Raff, Rudolf A. *The shape of life. Genes, development, and the evolution of animal form*. Chicago, The University of Chicago Press, 1996.

²⁶³ García, José E. "Relaciones históricas entre la Psicología y la Educación en Paraguay". En *Psicología da Educação*, N° 22, São Paulo, 2006, pp. 95-137.

²⁶⁴ Cardozo, *Apuntes de historia cultural del Paraguay*, op. cit.

²⁶⁵ Centurión, Carlos R. *Historia de las letras paraguayas. Época de transformación*. Buenos Aires, Editorial Asunción, Tomo II, 1948,

²⁶⁶ Cardozo, *Apuntes de historia cultural del Paraguay*, op. cit.

²⁶⁷ *Ídem*. También puede verse: Kallsen, Margarita. *Revista del Instituto Paraguayo (RIP). 1896-1909*. Asunción, Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción, Centro de Publicaciones, 1984.

²⁶⁸ García, José E. "Publicaciones psicológicas". En la *Revista del Instituto Paraguayo*, Manuscrito sometido a publicación, 2011.

²⁶⁹ Centurión, *Historia de las letras paraguayas*, op. cit.

²⁷⁰ Cardozo, *Apuntes de historia cultural del Paraguay*, op. cit.

²⁷¹ Ayala, Eusebio. "El proceso de la ideación y desenvolvimiento ulterior de la perceptividad". En *Anales de la Universidad Nacional*, Vol. 6, N° 1-2, Asunción, 1905, pp. 69-82.

²⁷² García, José E. "El joven Eusebio Ayala y la psicología paraguaya". En *Teoría e Investigación en Psicología*, Vol. 14, Lima, 2005, pp. 46-90.

²⁷³ García, José E. "La revista *Letras* y su contribución a la psicología en el Paraguay". Manuscrito sometido a publicación, 2011.

²⁷⁴ Hothersall, David. *Historia de la Psicología*. México, McGraw-Hill, 1997.

²⁷⁵ Calzada, op. cit.

²⁷⁶ Decoud, *Los emigrados paraguayos en la guerra de la Triple Alianza*, op. cit.

²⁷⁷ Calzada, op. cit.

²⁷⁸ Centurión, *Historia de las letras paraguayas*, op. cit.

²⁷⁹ Belmont Parker, William. *Argentines of today*. Buenos Aires, The Hispanic Society of America, 1920. Vol. 1.

- ²⁸⁰ Tortolo, Mauro. "Efemérides médicas de ayer y de hoy". En *Medicina y Cultura*, Vol. 1, N° 6, 2007, en www.medicinaycultura.org.ar/01/Efemerides_01.htm, recuperado el 25 de junio de 2009.
- ²⁸¹ Hospital Ramos Mejía. *Cirugía General. Historia del servicio*. En: www.ramosmejia.org.ar/cir.htm, s/f, recuperado el 27 de junio de 2009.
- ²⁸² Parker, *op. cit.*
- ²⁸³ Báez, Cecilio. Resumen de la historia del Paraguay desde la época de la conquista hasta el año 1880. Seguido de la historia particular de la instrucción pública desde el gobierno de Domingo Martínez de Irala hasta nuestros días. Asunción, Talleres Nacionales de H. Kraus, 1910.
- ²⁸⁴ Parker, *op. cit.*
- ²⁸⁵ Ingenieros, José. "La personalidad intelectual de José M. Ramos Mejía". En *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* de José M. Ramos Mejía, Buenos Aires, «La Cultura Argentina», 1915, pp. 9-73.
- ²⁸⁶ Ingenieros, José. "La locura en la Argentina". En *Obras completas* de José Ingenieros, Tomo II, Buenos Aires, Mar Océano, 1919/1962, pp. 167-257.
- ²⁸⁷ Báez, *op. cit.*
- ²⁸⁸ Decoud, Diógenes. *La Atlántida. Estudios de historia*. Paris, Librería de Garnier Hermanos, 1885.
- ²⁸⁹ Decoud, Diógenes. *La resección tarso-tibial*. Buenos Aires, Establecimiento Gráfico de Gunche, Wiebeck y Turtl, 1893.
- ²⁹⁰ Decoud, Diógenes. *Los tumores de la mama. Método de diagnóstico*. Buenos Aires, Imprenta "Mariano Moreno", 1893.
- ²⁹¹ Decoud, Diógenes. *La curación de las hernias*. Buenos Aires, Félix Lajouane Editor, 1894.
- ²⁹² Parker, *op. cit.*
- ²⁹³ Decoud, Diógenes. *Estudio del hipnotismo. Bajo el punto de vista psicológico y de la medicina legal*. Buenos Aires, Félix Lajouane Editor, 1888.
- ²⁹⁴ García, José E. "Problemas centrales en la formación académica y el entrenamiento profesional del psicólogo en el Paraguay". En *Problemas centrales en la formación académica y el entrenamiento profesional del psicólogo en las Américas, Volumen II*, editado por Julio F. Villegas, Pablo Marassi L. y Juan Pablo Toro C., Santiago, Sociedad Interamericana de Psicología, 2003, pp. 205-279. También puede verse: García, José E. "La evolución de la Psicología en el Paraguay: Una evaluación desde el modelo de Hiroshi Azuma". En *Revista Intercontinental de Psicología y Educación, Segunda Época*, Vol. 6, N° 2, México, 2004, pp. 25-36. Del mismo autor, "Historia e Historiografía de la Psicología en el Paraguay", *op. cit.* "La Psicología en Paraguay y el problema de la determinación de los pioneros". En *Revista Intercontinental de Psicología y Educación, Tercera Época*, Vol. 9, N° 2, México, 2007, pp. 113-146 y García, "Breve historia de la psicología en Paraguay", *op. cit.*
- ²⁹⁵ Pérez Acosta, *Carlos Antonio López, op. cit.*
- ²⁹⁶ Keith Simonton, Dean. "Creativity as blind variation and selective retention: Is the creative process darwinian?" En *Psychological Inquiry*, Vol. 10, N° 4, Mahwah, 1999, pp. 309-328. También puede verse: Keith Simonton, Dean. *Great psychologists and their times. Scientific insights into Psychology's history*. Washington DC, American Psychological Association, 2002 y Keith Simonton, Dean y Anna V. Song, "Eminence, IQ, physical and mental health, and achievement domain". En *Psychological Science*, Vol. 20, N° 4, Maiden, 2009, pp. 429-434.
- ²⁹⁷ Pla, *La cultura paraguaya y el libro, op. cit.*
- ²⁹⁸ García, "Relaciones históricas entre la Psicología y la Educación en Paraguay", *op. cit.*
- ²⁹⁹ Velilla Laconich, *op. cit.*
- ³⁰⁰ Meyer, Luís. "Historia", en *Psiquiatría*. Dirigido por Guillermo Vidal y Renato D. Alarcón, Buenos Aires, Editorial Médica Panamericana, 1988, pp. 35-42.
- ³⁰¹ Vasconsellos, Cándido A. *Diagnóstico y tratamiento de las enfermedades mentales*. Buenos Aires, Editorial Mundi, 1947.

³⁰² García, José E. "Historia de la psicología clínica en el Paraguay". Manuscrito sometido a publicación, 2011.

³⁰³ García, "Problemas centrales en la formación académica y el entrenamiento profesional del psicólogo en el Paraguay", *op. cit.*

³⁰⁴ Pantano Castillo, Darío. *Inicios de la psicología en la Argentina*. San Juan, Argentina, Subsecretaría de Cultura, 1997. También puede verse: Papini, Mauricio R. "Influence of evolutionary biology in the early development of experimental psychology in Argentina (1891-1930)". En *International Journal of Comparative Psychology*, Vol. 2, N° 2, 1988, pp. 131-138.

³⁰⁵ Massimi, Marina. *História da psicologia brasileira. Da época colonial até 1934*. São Paulo, Editora Pedagógica e Universitária, 1990.

³⁰⁶ Angelini, Arrigo Leonardo. *Evolution and tendencies of psychology in Brazil*. Conferencia pronunciada ante el XXIII International Congress of Psychology, Acapulco, México, 2 al 7 de septiembre de 1984.

³⁰⁷ Bravo Valdivieso, Luis. "Origen de la investigación psicológica en Chile". En *Las Ciencias Sociales en Chile 1983*, Santiago, Corporación de Promoción Universitaria, 1983, pp. 80-88. También puede verse: Bravo Valdivieso, Luis y Tschorne Tetelman, Patricia. "La psicología en Chile". En *Revista Latinoamericana de Psicología*, Vol. 1, N° 2 y 3, 1969, pp. 95-104. Salas, Gonzalo y Lizama, Eugenio. *Historia de la psicología en Chile 1889-1981*. La Serena, Universidad de La Serena, 2009.

³⁰⁸ Pérez Gambini, Carlos. *Historia de la psicología en el Uruguay. Desde sus comienzos hasta 1950*. Montevideo, ARENA Ediciones, 1999.

³⁰⁹ Lagomarsino Giuria, Julieta. "Uruguay". En *International Psychology. Views from around the world*. Editado por Virginia Staudt Sexton y John D. Hogan, Lincoln, University of Nebraska Press, 1992, pp. 438-445.

³¹⁰ Vilanova, Alberto y DiDoménico, Cristina. *La psicología en el Cono Sur. Datos para una historia*. Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata/Editorial Martín, 1999.

³¹¹ Klappenbach, Hugo Alberto y Pavesi, Pablo. "Una historia de la psicología en Latinoamérica". En *Revista Latinoamericana de Psicología*, Vol. 26, N° 3, 1994, pp. 445-482.

³¹² Benitez, Influencias del positivismo en la cultura nacional, *op. cit.*

³¹³ García, "Origens da Psicologia Social no Paraguai", *op. cit.*